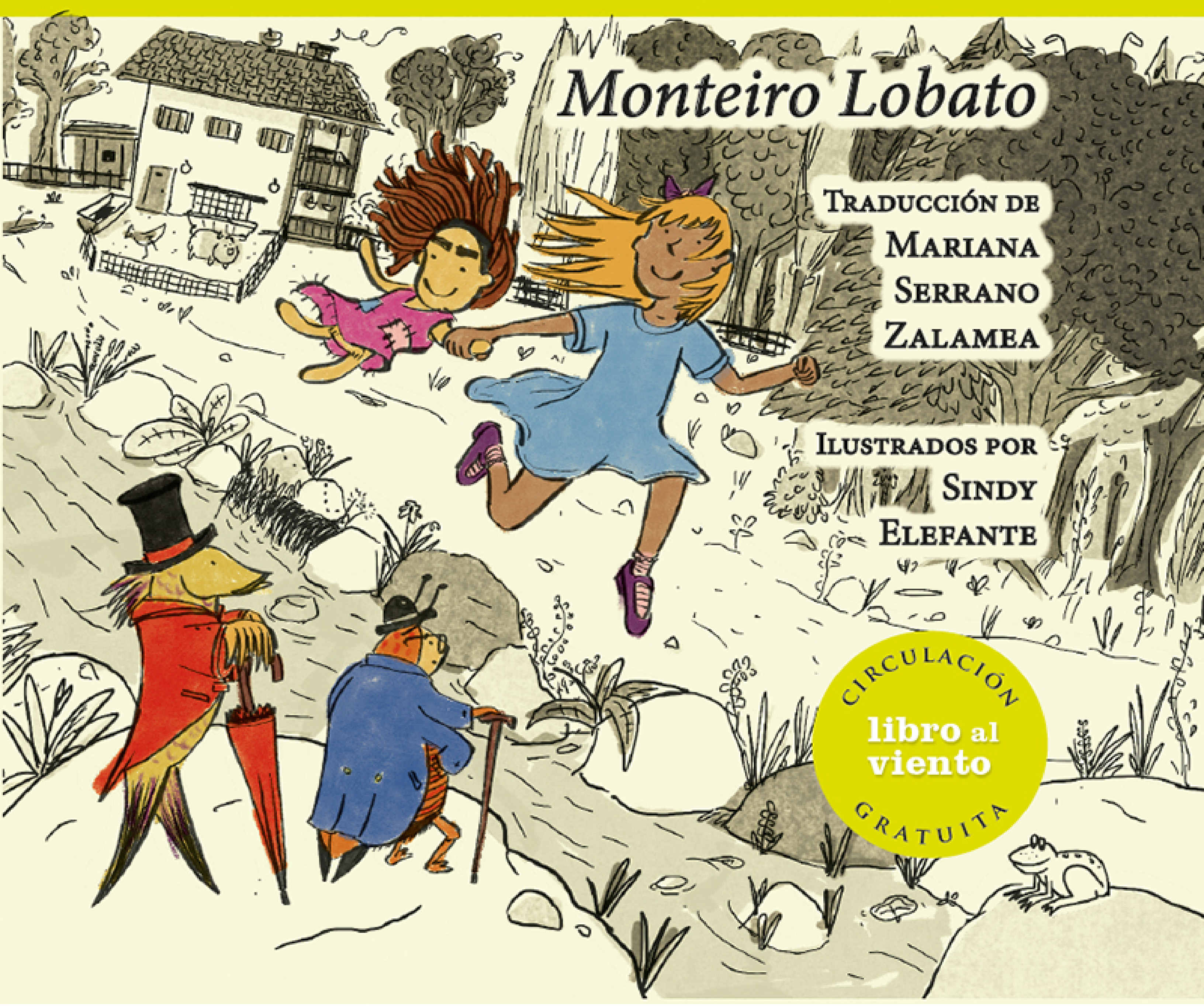
Naricita impertinente y La Finca del Pájaro Carpintero Amarillo





Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.




LIBRO AL VIENTO INICIAL

Naricita impertinente

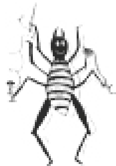
y La finca del pájaro carpintero amarillo

Monteiro Lobato

Traducción de
Mariana Serrano Zalamea

Ilustrados por
Sindy Elefante





ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
ENRIQUE PEÑALOSA LONDOÑO, Alcalde Mayor de Bogotá
MARÍA CLAUDIA LÓPEZ SORZANO, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

JULIANA RESTREPO TIRADO, Directora General
JAIME CERÓN SILVA, Subdirector de las Artes
LINA MARÍA GAVIRIA HURTADO, Subdirectora de Equipamientos Culturales
LILIANA VALENCIA MEJÍA, Subdirectora Administrativa y Financiera
MARCELA TRUJILLO QUINTERO, Subdirectora de Formación Artística

ALEJANDRO FLÓREZ AGUIRRE, Gerente de Literatura
CARLOS RAMÍREZ PÉREZ, OLGA LUCÍA FORERO ROJAS, RICARDO RUIZ ROA, YENNY MIREYA BENAVÍDEZ MARTÍNEZ, MARÍA EUGENIA MONTES ZULUAGA, ÓSCAR JAVIER GAMBOA ARÉVALO, MARÍA CAMILA JARAMILLO LAVERDE, Equipo del Área de Literatura

Primera edición: Bogotá, octubre de 2019

Foto página 6: Monteiro Lobato, tomada de *Folha de São Paulo*,
https://piaui.folha.uol.com.br/monteiro-lobato-de-maos-em-maos/

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL, Edición
ÓSCAR PINTO SIABATTO, Diseño + diagramación
978-958-5595-00-2, ISBN
UNIÓN TEMPORAL IDARTES, Impresión

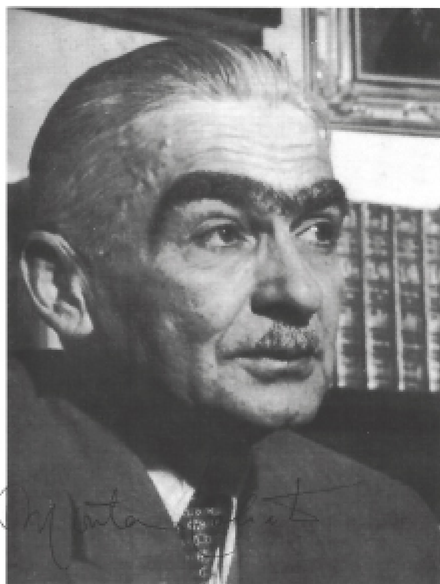
GERENCIA DE LITERATURA IDARTES
Carrera 8 n.° 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento @Libro_Al_Viento

CONVERSIÓN A EPUB
Mákina Editorial

https://makinaeditorial.com/

Contenido

Añoranzas
La reina
El regreso



Monteiro Lobato

MONTEIRO LOBATO

JOSÉ BENTO MONTEIRO LOBATO nació en el municipio brasileño de Taubaté, del estado de São Paulo, el 18 de abril de 1882. Su padre, José Bento Marcondes Lobato, era hacendado; su madre, Olimpia Monteiro Lobato, era hija ilegítima del Vizconde de Trembelé, terrateniente de esa zona, por entonces venida a menos.

Su madre le enseñó a leer y a escribir y luego estuvo en manos de un profesor particular. A los siete años descubrió la inmensa biblioteca de su abuelo y en ella leyó vorazmente todo tipo de libros, por esa época empezó a escribir cuentos. Desde temprano mostró un espíritu rebelde que se manifestaba en actitudes que escandalizaban a la sociedad de su tiempo, como por ejemplo rehusar a hacer la primera comunión. A los trece años partió para São Paulo para estudiar Derecho, carrera de la que se graduó en 1904. Ese mismo año fue nombrado procurador en otra ciudad del interior paulista, Areias, y ahí vivió hasta 1908, cuando regresa a la hacienda de su abuelo para hacerse cargo de ella. Ese año, en marzo, contrajo matrimonio con Maria Pureza da Natividade, con quien tuvo cuatro hijos, Marta (1909), Edgar (1910), Guilherme (1912) y Rute (1916). Con la muerte de su abuelo, en 1911, Lobato se convirtió en heredero y administrador de los bienes de su familia, labor que combinó con la escritura de artículos para la prensa local y el oficio de editor, pues en 1918 se hizo con la *Revista do Brasil* y en 1919 fundó la Companhia Editora Nacional.

En el año 1918 publicó su primer libro, *Urupês*, que contaba con 14 cuentos protagonizados por Jeca Tatu, el primero de una extensa galería de personajes inolvidables que poblarían el resto de su obra. Jeca Tatu simboliza la situación del campesino brasileño: abandonado por los poderes públicos a sus carencias, a la indigencia política y al atraso económico y educativo. Un libro que contaba historias infantiles campiranas pero al mismo tiempo era incómodo para la sociedad de su época, que tenía una imagen idealizada y romántica del hombre del campo, mientras que Jeca Tatu tenía la barba rala y los pies raspados, pues no le gustaba usar zapatos, era pobre, ignorante y contrario a los hábitos de limpieza urbanos.

En 1921, Lobato publicó *Narizinho Arrebitado*, Naricita respingada o, mejor, *Naricita impertinente*, pues *arrebitado* es la manera de decirle a la niña cuando levanta, respinga la nariz, describe ese gesto de quienes se rehúsan a hacer algo que se les indica, y esa es una característica de Lucía, la niña que protagoniza este volumen. El libro, pensado para la lectura en las aulas, se convirtió en un éxito editorial. A él le sigue *La finca del pájaro carpintero amarillo*, que constituye la segunda parte de este, nuestro Libro al Viento 143, con la impecable traducción de Mariana Serrano Zalamea y

los hermosos dibujos de Sindy Elefante. En esta finca, hogar de Naricita, se establece un universo fantástico que se extenderá a lo largo de 23 volúmenes, con un numeroso repertorio de personajes inolvidables como doña Benta, la tía Anastasia, Lucía, también conocida como Naricita, su muñeca Emilia, su primo Pedrito, el doctor Caramujo, el cerdo marqués Rabicó, el bandido Tom Mix y un largo etcétera al que se sumarían algunos viejos conocidos de la literatura infantil clásica, como Pulgarcito, Pinocho y Peter Pan. Así les damos a los lectores la bienvenida al complejo y sorprendente mundo de este territorio de ensueño y nostalgia que ha acompañado durante un siglo a todos los niños de habla portuguesa y hoy traemos a los lectores bogotanos.

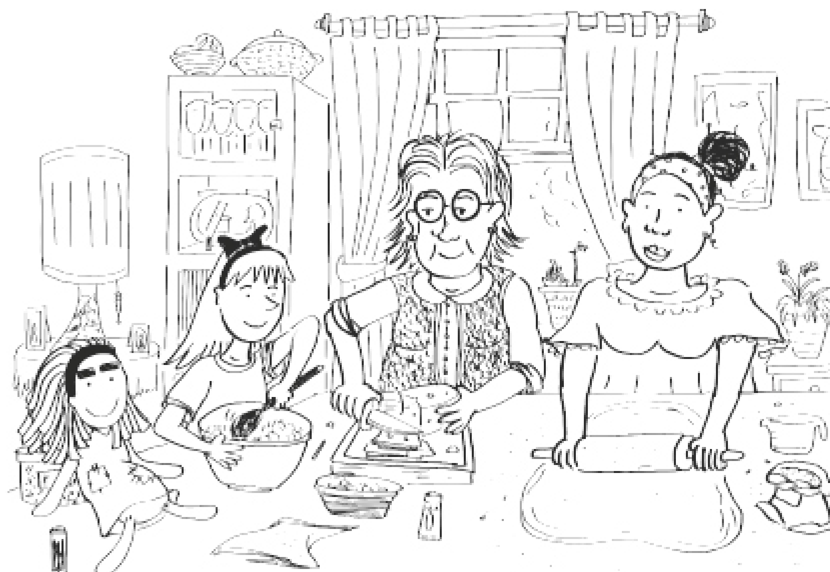
Monteiro Lobato fue un intelectual con diferentes facetas, abogó por la explotación petrolera, se opuso a la dictadura de Getulio Vargas, estuvo en la cárcel y en el exilio. Escribió memorias, panfletos, ensayos y hasta una pobre novela de ciencia ficción con visos racistas, todo eso ha pasado por la criba del olvido y es poco lo que se ha salvado. A ese grupo pertenecen sus más de treinta años de correspondencia con el escritor Godofredo Rangel, compilados en el libro *La barca de Gleyre*, en 1944. Sin embargo, son sus obras para niños las que prolongaron su legado más allá de la muerte, ocurrida en São Paulo el 5 de julio de 1948 por un fallo cardíaco.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL

Naricita impertinente

y La finca del pájaro carpintero amarillo





NARICITA IMPERTINENTE

NARICITA

En una casita blanca, allá en la finca del Pájaro Carpintero Amarillo, vive una anciana de más de sesenta años. Se llama Doña Benta. El que pasa por la carretera y la ve en el balcón, con su cestica de costura en el regazo y los anteojos de oro en la punta de la nariz, continúa su camino mientras piensa: «Qué tristeza vivir así de sola en este desierto…».

Pero se equivoca. Doña Benta es la más feliz de las abuelas porque vive en compañía de la más encantadora de las nietas: Lucía, la niña de la Naricita Impertinente, o Naricita, como todos le dicen. Naricita tiene siete

años, es morena como el árbol de la pomarrosa, le gustan mucho las crispetas y ya sabe hacer unas torticas de tapioca muy sabrosas.

En la casa viven otras dos personas: la Tía Anastasia, una negra doméstica que cargó a Lucía desde pequeña, y Emilia, una muñeca de trapo con un cuerpo desajustado. Emilia fue confeccionada por la tía Anastasia y tiene unos ojos negros hundidos y unas cejas tan arriba que la hacen ver como una bruja. A pesar de eso, a Naricita le gusta mucho; no almuerza ni cena sin tenerla a su lado, ni se acuesta sin primero acomodarla en un chinchorro entre las dos patas de una silla.

Además de la muñeca, la otra fascinación de la niña es el arroyo que pasa por detrás del huerto. Sus aguas, muy rápidas y ruidosas, corren por entre las piedras negras de musgo, bautizadas por Lucía como las «Tías Anastasias del río».

Todas las tardes Lucía coge la muñeca y se va a pasear por la orilla del agua, en donde se sienta en la raíz de un viejo árbol de guamas a darles migas de pan a las mojarras.

No hay ningún pez del río que no la conozca; cuando ella aparece, todos acuden hambrientos. Los más pequeños se acercan; los grandes, pareciera que desconfían de la muñeca, pues se quedan resabiados y la espían desde lejos. Y así, la niña se divierte durante horas, hasta que la Tía Anastasia aparece en el portón de la huerta y le grita con su voz tranquila:

—Naricita, ¡la abuela te está llamando!…



Una vez…

Una vez, después de darles comida a los pececitos, Lucía sintió los ojos pesados de sueño. Se acostó en el pasto con la muñeca en el brazo y se puso a seguir las nubes que paseaban por el cielo que, a veces, formaban castillos y otras, camellos. Y ya se estaba durmiendo, mecida por el sonido de las aguas, cuando sintió cosquillas en el rostro. Abrió los ojos: un pececito vestido como una persona estaba parado en la punta de su nariz.

¡Vestido como uno, sí! Usaba un abrigo rojo, cubilete en la cabeza y paraguas en la mano —¡muy galante!—. El pececito miraba la nariz de Naricita frunciendo la frente, como quien no entiende nada de lo que ve.

La niña retuvo el aliento con miedo de asustarlo, y permaneció así hasta que sintió cosquillas en la cabeza. Miró por el rabillo del ojo. Era un escarabajo que se había posado ahí. Pero un escarabajo también vestido como una persona, trajeado de levita negra, anteojos y bastón.

Lucía se quedó aún más inmóvil, pues le parecía muy interesante lo que sucedía.

Al ver el pececito, el escarabajo se quitó el sombrero, respetuosamente.

—¡Muy buenas tardes, Señor Príncipe! —dijo él.

—¡Qué bueno verlo, Maestro Cascudo! —fue la respuesta.

—¿Qué novedad trae a Vuestra Alteza por aquí, Príncipe?

—Es que se me quebraron dos escamas del lomo y el Doctor Caramujo me recetó el aire del campo. Vine a tomar la medicina en este prado que conozco mucho, pero me encontré con este monte que me parece extraño — y el Príncipe golpeó la punta de la nariz de Naricita con la punta del paraguas.

—Creo que es de mármol —observó.

Los escarabajos son muy entendidos en cuestiones de tierra, pues viven de cavar agujeros. A pesar de eso el escarabajito de levita no fue capaz de adivinar qué tipo de «tierra» era esa. Se agachó, se acomodó los anteojos en la trompa, examinó la nariz de Naricita y dijo:

—Muy blanda para ser de mármol. Más bien parece de requesón.

—Muy morena para ser de requesón. Más bien parece panela —replicó el Príncipe.

El escarabajo probó la supuesta tierra con la punta de la lengua.

—Muy salada para ser panela. Más bien parece…

Pero no concluyó, porque el Príncipe ya lo había dejado para irse a examinar las cejas.

—¿Serán aletas, Maestro Cascudo? Venga miramos. ¿Por qué no lleva algunas para los juegos de sus niños?

Al escarabajo le gustó la idea y se fue a coger las aletas. Cada pelo que arrancaba era un dolorcito agudo que sentía la niña. ¡Y ella tuvo ganas de espantarlo de ahí con una mueca! Pero lo soportó, pues tenía curiosidad de ver qué pasaría con todo esto.

Mientras dejaba que el escarabajo diera vueltas con las aletas, el pececito se fue a examinar las ventanas.

—¡Qué bella madriguera para una familia de escarabajos! —exclamó —. ¿Por qué no se muda para acá, Maestro Cascudo? A su esposa le gustaría esta distribución de habitaciones.

El escarabajo, con el manojo de aletas debajo del brazo, se fue a examinar la madriguera. Midió la altura con el bastón.

—Realmente, son excelentes —dijo él—. Sólo temo que aquí adentro viva alguna fiera peluda.



Y para cerciorarse dio un pinchazo bien al fondo.

—¡Uh! ¡Uh! ¡Sal hacia afuera, bicho inmundo!

No salió ninguna fiera, pero como el bastón le hizo cosquillas en la nariz a Lucía, lo que salió fue un formidable estornudo, —*¡achís!*—, y los dos bichitos, cogidos por sorpresa, rodaron con las piernas hacia el aire, dándose un porrazo contra el suelo.

—¿No te lo dije? —exclamó el escarabajo, levantándose y cepillando con la manga el cubilete sucio de tierra—. Sí, es un nido de una fiera, ¡y de una fiera que estornuda! Me voy. No quiero asuntos con esa gente. ¡Hasta luego, Príncipe! Hago votos para que se sane y sea muy feliz.

Y se fue, zumbando como un avión.

El pececito, sin embargo, que era muy valiente, permaneció firme, cada vez más intrigado con la dichosa montaña que estornudaba. Por fin la niña se compadeció y resolvió aclararle todo el misterio. Se sentó súbitamente y dijo:

—No soy ninguna montaña, pececito. Soy Lucía, la niña que todos los días viene a darles comida a ustedes. ¿No me reconoces?

—Era imposible reconocerte, niña. Vista desde adentro del agua te ves muy diferente…

—Puedo parecerlo, pero te garantizo que soy la misma. Esta señora que tengo aquí es mi amiga Emilia.

El pececito saludó respetuosamente a la muñeca, y en seguida se presentó como el Príncipe Escamado, rey del Reino de las Aguas Claras.

—¡Príncipe y rey al mismo tiempo! —exclamó la niña aplaudiendo—. ¡Qué bien, qué bien, qué bien! Siempre deseé conocer a un príncipe-rey.

Conversaron un largo rato y, finalmente, el Príncipe la invitó a que visitara su reino en alguna oportunidad. Naricita se irritó mucho.

—Pues vamos ya mismo —gritó—, antes de que la Tía Anastasia me llame.

Y los dos se fueron para allá, tomados del brazo, como viejos amigos. La muñeca los seguía sin decir ni una palabra.

—Parece que doña Emilia está enojada —observó el Príncipe.

—No es enojo, Príncipe. La pobre es muda de nacimiento. Estoy buscando un buen doctor que la cure.

—Hay uno excelente en la corte, el célebre Doctor Caramujo. Usa unas píldoras que curan todos los males, menos la tos de él mismo. Estoy seguro de que el Doctor Caramujo hará que la Señora Emilia hable hasta por los codos.

Y aún discutían sobre los milagros de las famosas píldoras cuando llegaron a una gruta que Naricita jamás había visto en ese lugar. ¡Qué cosa

tan extraña! El paisaje no era el mismo.

—Aquí es la entrada a mi reino —dijo el Príncipe.

Naricita miró, con miedo de entrar.

—Está muy oscura, Príncipe. Emilia es muy miedosa.

La respuesta del pececito fue sacarse del bolsillo una luciérnaga, que le servía de linterna viva. La gruta se iluminó a lo lejos y la «muñeca» perdió el miedo. Entraron. Por el camino los saludaron, con grandes muestras de respecto, varias lechuzas y numerosísimos murciélagos. Algunos minutos después llegaron al portón del reino. La niña abrió la boca de admiración.

—¿Quién construyó este maravilloso portón de coral, Príncipe? Es tan bonito que parece un sueño.

—Fueron los Pulpos, los albañiles más trabajadores e incansables del mar. Mi palacio también fue construido por ellos, todo de coral rosado y blanco.

Naricita aún estaba boquiabierta cuando el Príncipe notó que el portón no había sido cerrado ese día.

—Es la segunda vez que esto sucede —observó él haciendo mala cara —. Apuesto a que el guardia está durmiendo.

Cuando entró, verificó que así era. El guardia dormía y roncaba. Ese guardia era un gran sapo muy feo, que ocupaba el puesto de mayor en el ejército marino. Mayor Agarra y No Suelta Más. Recibía como salario cien moscas por día para que permaneciera allí, con la lanza en ristre, el casco en la cabeza y la espada en el cinto, vigilando la entrada del palacio. Sin embargo, el Mayor tenía el vicio de dormirse a destiempo y, por segunda vez, fue cogido en la falta.

El Príncipe se acomodó para despertarlo con un puntapié en la barriga, pero la niña intervino.

—¡Todavía no! Tengo una muy buena idea. Vamos a vestir a este sapo de mujer, para ver su cara cuando despierte.

Y sin esperar la respuesta, le quitó la falda a Emilia y se la puso, muy despacito, al dormilón. También le puso la capota de la muñeca en lugar del casco, y el paraguas del Príncipe en lugar de la lanza. Después de dejarlo transformado en una anciana, le dijo al Príncipe:

—Ahora puede patearlo.

El Príncipe —*¡zas!*…— le pegó un fuerte puntapié en la barriga.

—¡Ay!… —gimió el sapo, abriendo los ojos, aún cegado por el sueño.

El Príncipe engruesó la voz para regañarlo:

—¡Bonita cosa, Mayor! Durmiendo como un cerdo y además de todo vestido de anciana… ¿Qué significa esto?

El sapo, sin comprender nada, se miró desorientado en un espejo que había por ahí. Y le echó la culpa al espejo.

—¡Es mentira de él, Príncipe! No le crea. Nunca antes he tenido esta apariencia…

—De hecho, tú nunca has sido así —le explicó Naricita—. Pero, como te dormiste escandalosamente durante las horas de trabajo, el Hada del Sueño te convirtió en una anciana. Bien hecho…

—Y de castigo —agregó el Príncipe— estás condenado a tragarte cien piedritas redondas, en lugar de las cien moscas de nuestro trato.

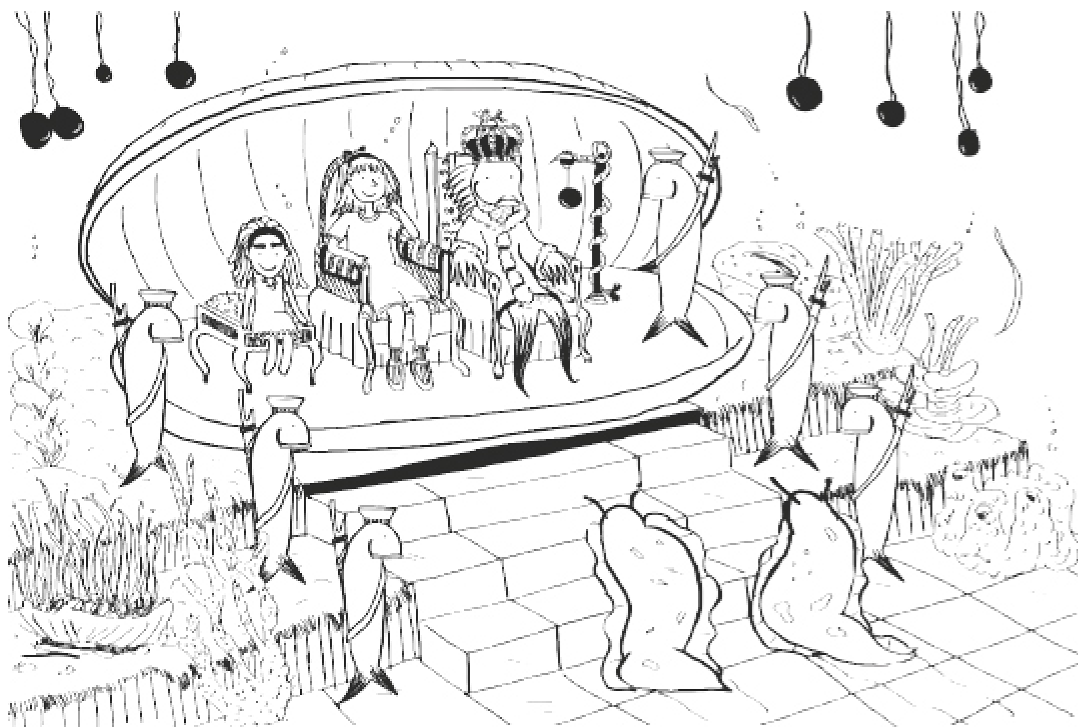
El triste sapo hizo una gran mueca y se fue muy melancólico a aislarse en un rincón.

En el palacio

El Príncipe consultó el reloj.

—Es la hora de la audiencia —murmuró—. Vamos de prisa, pues tengo muchos casos que atender.

Se fueron para allá. Entraron directamente a la sala del trono, en donde la niña se sentó a su lado como si fuera una princesa. ¡Qué linda sala! Toda de un coral color crema, bordeada de musgo y con perlas colgantes que se agitaban con la menor brisa. El suelo, de nácar tornasolado, era tan liso que Emilia se resbaló tres veces.



El Príncipe llamó a la audiencia golpeando una concha sonora con una gran perla negra. El mayordomo hizo entrar a los primeros reclamantes —una manada de moluscos desnudos que tiritaban de frío—. Venían a quejarse de los Bernardos-Eremitas.

—¿Quiénes son esos Bernardos? —indagó la niña.

—Son unos cangrejos que tienen la mala costumbre de apropiarse de las conchas de estos pobres moluscos, dejándolos en carne viva en el mar. Son los peores ladrones que hay aquí.

El Príncipe resolvió el caso ordenando que les dieran una concha nueva a cada uno de los moluscos.

Después apareció una ostra a quejarse de un cangrejo que le había robado la perla.

—¡Era una perla tan hermosa, aún nuevecita! —dijo la ostra, limpiándose las lágrimas—. Sólo lo hizo de malo, porque los cangrejos no se alimentan de perlas, ni las usan de joyas. Con seguridad la arrojó por ahí en la arena…

El Príncipe resolvió el caso ordenando que le dieran a la ostra una perla nueva del mismo tamaño.

En ese instante apareció en la sala, muy apurada y afligida, una cucarachita de mantilla que se abrió camino por entre los animalejos hasta llegar donde el Príncipe.

—¿Usted por acá? —exclamó admirado—. ¿Qué se le ofrece?

—Estoy buscando a Pulgarcito —respondió la anciana—. Hace dos semanas que huyó del libro en donde vive y no lo encuentro por ninguna parte. Ya recorrí todos los reinos encantados sin descubrir el menor rastro de él.

—¿Quién es esta anciana? —le preguntó la niña al oído del Príncipe —. Me parece que la conozco…

—Con seguridad, pues no hay niña que no conozca a la célebre Doña Cucarachita de los cuentos, la más famosa del mundo.

Y dirigiéndose a la anciana:

—Ignoro si Pulgarcito está aquí por mi reino. No lo vi, ni tuve noticias de él, pero la señora puede buscarlo. No se intimide…

—¿Por qué huyó? —indagó la niña.

—No sé —respondió Doña Cucarachita—, pero he notado que muchos de los personajes de mis cuentos ya están aburridos de vivir toda la vida presos dentro de ellos. Quieren novedades. Dicen que quieren recorrer el mundo para tener nuevas aventuras. Aladino se queja de que su lámpara maravillosa se está oxidando. La Bella Durmiente quiere pincharse el dedo en otra rueca para dormir otros cien años. El Gato con Botas peleó con el Marqués de Carabás y quiere irse a los Estados Unidos a visitar al Gato Félix. Blanca Nieves vive diciendo que quiere teñirse el cabello de negro y ponerse rubor en la cara. Todos se han rebelado y me cuesta mucho trabajo detenerlos. Pero lo peor de todo es que amenazan con irse, Pulgarcito ya les dio ejemplo.

A Naricita le gustó tanto esa rebelión que aplaudió de alegría, con la esperanza de toparse en el camino con alguno de esos queridos personajes.

—Todo eso —continuó diciendo Doña Cucarachita— fue por culpa de Pinocho, del Gato Félix y, sobre todo, de una niña de naricita impertinente que todos desean conocer. Incluso sospecho que fue esa diablilla la que descarrió a Pulgarcito, aconsejándole que se escapara.

El corazón de Naricita comenzó a latir con prisa.

—Pero ¿usted conoce a esa niña? —le preguntó, tapándose la nariz con temor de ser reconocida.

—No la conozco —respondió la anciana—, pero sé que vive en una casita blanca, en compañía de dos viejas.

¡Ah!, ¿por qué dijo eso? Al oír que le decía vieja a Doña Benta, Naricita perdió los estribos.

—¡Cuidado con lo que dice! —gritó encendida de cólera—. Su merced será la vieja mezquina de la que nadie quiere oír sus cuentos gastados. La niña de la naricita impertinente soy yo, pero sepa que es mentira que yo haya descarriado a Pulgarcito, aconsejándolo para que huyera. Nunca tuve esa «bonita idea», pero ahora voy a aconsejarlo a él y a todos los demás para que se escapen de sus viejos libros, ¿me oyó?

La anciana furiosa la amenazó con desajustarle la nariz tan pronto se la encontrara sola.

—Yo le desajustaré la suya, ¿me oyó? ¡Decirle vieja a mi abuela! ¡Qué insolencia!…

Doña Cucarachita le sacó la lengua —una lengua muy delgada y reseca— y se fue furiosa, rezongando como una negra bocona.

El Príncipe respiro aliviado al ver que el incidente había terminado. Después finalizó la audiencia y le dijo al primer ministro:

—Invite a todos los nobles de la corte a una gran fiesta que daré mañana en honor de nuestra distinguida visitante. Y dígale al Maestro Camarón que aliste el carruaje de gala para un paseo por el fondo del mar. Rápido.

EL BUFONCITO

El paseo que Naricita se dio con el Príncipe fue el más bello de toda su vida. El carruaje de gala corría sobre la blanquísima arena del fondo del mar conducido por el Maestro Camarón y jalado por seis parejas de hipocampos, unos animalitos con cabeza de caballo y cola de pez. En vez de un látigo, el cochero usaba los hilos de su propia barba para fustigarlos, —*¡arre!, ¡arre!*

¡Qué lindos lugares los que ella vio! Selvas de coral, bosques de esponjas vivas, campos de algas de las formas más extrañas. Conchas de todas las formas y colores. Pulpos, anguilas, erizos, miles de criaturas marinas tan extrañas que parecían ser inventos del Barón de Münchhausen.

En algún lugar Naricita vio a una ballena dándole de mamar a varias pequeñas y jóvenes ballenas. Se le ocurrió la idea de llevarse para la finca una botella de leche de ballena, sólo para ver las caras de espanto que pondrían Doña Benta y la Tía Anastasia. Pero pronto desistió pues pensó: «No vale la pena. Ellas no me lo creerían…».

En ese momento apareció a lo lejos un formidable pez espada. Venía con su espolón apuntándole al cetáceo, que es como los eruditos denominan a la ballena. El Príncipe se asustó.

—¡Allá viene el malvado! —dijo él—. Esos monstruos se divierten clavándose en las pobres ballenas como si fueran almohadillas de alfileres. Vámonos que la lucha va a ser espantosa.

Al recibir la orden de regresar, el Camarón fustigó las barbas y puso a galopar a los caballitos de mar.

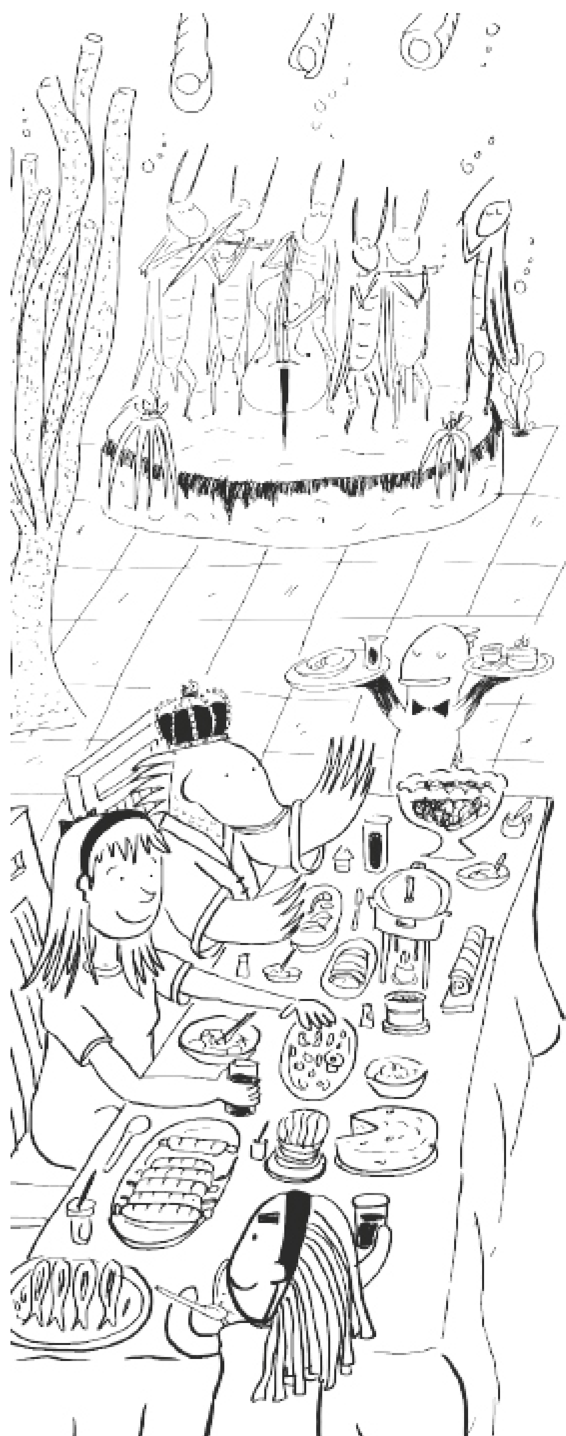
Una vez en el palacio, el Príncipe dejó a la niña y a la muñeca en la gruta de sus tesoros, yéndose a supervisar los preparativos de la fiesta. Naricita se puso a escarbar en todo… ¡Cuántas maravillas! Montones de perlas enormes. Muchas de ellas, que todavía estaban en sus conchas, sacaban las cabecitas y atisbaban a la niña para esconderse de nuevo, con miedo de Emilia. Tantos escarabajos que era de nunca acabar, de todas las formas posibles e imaginables. Y ¡conchas! ¡Dios mío, cuántas conchas!

Naricita se habría quedado allí la vida entera, examinando una por una todas esas joyas, si no hubiera llegado un pececito de cola roja a decirle de parte del Príncipe que la cena estaba servida en la mesa.

Fue corriendo y le pareció que el comedor era aún más bonito que la sala del trono. Se sentó al lado del Príncipe y alabó mucho el arreglo de la mesa.

—Son las artes de las señoras sardinas —dijo—. Son las mejores criadas del reino.

La niña pensó para sus adentros: «No es casualidad que se sepan acomodar tan rectas dentro de las latas».



Llegaron los primeros platos: cortes de camarón, filetes de marisco, tortillas de huevo de colibrí, chorizo de lombriz —pasaboca que le gustaba mucho al Príncipe —.

Mientras comían, una excelente orquesta de cigarras zancudas tocaba la música del *fium*, dirigida por el Maestro Tangará, con la batuta en el pico. En los intervalos, tres luciérnagas de circo hicieron lindas magias, siendo la tragafuego la más apreciada. Para manejar el fuego no hay como ellas.

Encantada con todo, Naricita aplaudía y gritaba de alegría. En un momento dado, el mayordomo del palacio entró y le susurró algunas palabras al Príncipe.

—Pues mándelo entrar —le respondió.

—¿Quién es? —quiso saber la niña.

—Un enanito que apareció ayer para emplearse como el bufón de la corte. Estamos sin bufón desde que nuestro querido Carlito Pirulito fue devorado por el pez espada.

El candidato para el cargo de bufón de la corte ingresó escoltado por el mayordomo y súbitamente saltó encima de la mesa, poniéndose a hacer gracias. Naricita notó, de inmediato, que el bufoncito era Pulgarcito que iba vestido con el clásico faldón de cascabeles y una caperuza también de cascabeles en la cabeza. Se dio cuenta de eso, pero fingió que no había sospechado nada.

—¿Cómo es su nombre? —le preguntó el Príncipe.

—¡Soy el gigante Dedo Índice! —respondió el bufoncito sacudiendo los cascabeles.

Pulgarcito no tenía ni la menor idea de lo que hacía. No sabía hacer muecas graciosas, ni decir cosas que hicieran reír. Naricita se apiadó de él y le dijo susurrando:

—Vete a la casa de mi abuela, señor Dedo Índice. La tía Anastasia hace unos bizcochitos muy adecuados para que los pruebes con tu índice. Vente a vivir conmigo, en lugar de esta vida de idiota de bufón de la corte. Tú no sirves para esto.

En ese momento regresó al comedor la cucarachita de mantilla, con la nariz levantada como si olfateara alguna cosa.

—¿Encontró al fugitivo? —le preguntó el Príncipe.

—Aún no —respondió ella—, pero le apuesto a que está por aquí. Estoy sintiendo su olorcito.

Y olisqueó de nuevo alrededor con su nariz de loro revejido. A pesar de ser muy torpe, el Príncipe comenzó a sospechar que el tal Dedo Índice fuera el mismo Pulgarcito.

—Tal vez sí —dijo—. Tal vez Pulgarcito sea el bufoncito que vino a proponerse para sustituir a Carlito Pirulito. ¿Para dónde se fue? —indagó mirando alrededor—. Estaba por ahí ahora, hace medio minuto…

Buscaron al bufoncito por todas partes, inútilmente. Y es que la niña, tan pronto vio entrar al comedor a la vieja condenada, lo había agarrado y ocultado en la manga del vestido.

Doña Cucarachita rebusco por todos los rincones, incluso dentro de las bandejas, siempre gruñona.

—Aquí está, sin duda. Estoy sintiendo su olorcito cada vez más de cerca. Esta vez no se me escapa.

Al verla aproximarse cada vez más, Naricita se angustió. Para disimularlo gritó:

—Doña Cucarachita está perdiendo la cabeza. Pulgarcito usa las botas de siete leguas y, si estuvo por acá, ya debe estar en Europa.

La vieja se carcajeó con ganas.

—¡No ves que no soy boba! Cuando me di cuenta de que quería escaparse, de inmediato guardé sus botas en mi cajón. Pulgarcito huyó descalzo y no se me va a escapar.

—¡Sí se va a escapar! —gritó Naricita con tono desafiante.

—¡No se va a escapar de ninguna manera! —contestó la vieja—, y no se me va a escapar porque ya sé en donde está. Está escondido ahí en tu manga, ¿oíste? —y avanzó hacia ella.



Se armó un escándalo en el comedor. La vieja luchó con la niña, y la habría vencido si no fuera porque la muñeca, que estaba en la mesa al lado de su dueña, tuvo la buena idea de arrancarle los anteojos y salir corriendo con ellos.

Doña Cucarachita no veía nada sin anteojos, de tal forma que comenzó a zigzaguear en medio del comedor como una ciega, mientras que la niña corría a esconder a Pulgarcito en la gruta de los tesoros, bien en el fondo de una concha.

—Quédate aquí bien quietecito hasta que vuelva —le recomendó.

Y regresó al comedor, muy orgullosa de su hazaña.

LA COSTURERA DE LAS HADAS

Después de la cena, el Príncipe llevó a Naricita a la casa de la mejor costurera del reino. Era una araña de París que sabía hacer vestidos lindos, ¡lindos a más no poder! Ella misma tejía la tela, ella misma creaba las modas.

—Doña Araña —dijo el Príncipe—, quiero que le haga a esta ilustre dama el vestido más bonito del mundo. Voy a ofrecer una gran fiesta en su honor y quiero ver cómo deslumbra a la corte.

Dio la orden y se retiró. Doña Araña tomó el metro y, ayudada por seis arañitas muy ágiles, comenzó a tomarle las medidas. Después tejió, de prisa, de prisa, una tela rosada con estrellitas doradas, la cosa más linda que uno pueda imaginar. También tejió piezas de cintas y piezas de encaje y piezas para unir los tejidos, incluso fabricó carretes de seda.

—¡Qué belleza! —iba exclamando la niña, cada vez más admirada por los prodigios de la costurera—. Conozco muchas arañas en la casa de mi abuela, pero todas ellas sólo saben hacer telas para atrapar moscas; ninguna es capaz de hacer ni siquiera una tela para delantal…

—Es que tengo mil años de edad —le explicó Doña Araña—, y soy la costurera más vieja del mundo. Aprendí a hacer todas las cosas. Trabajé durante mucho tiempo en el reino de las hadas; fui yo quien le hizo el vestido de baile a Cenicienta y casi todos los vestidos de boda de casi todas las muchachas que se casaron con los príncipes encantados.

—¿Y también cosió para Blancanieves?

—¿Cómo no habría de hacerlo? Justamente cuando le estaba tejiendo el velo de novia a Blancanieves fue cuando quedé lisiada. Las tijeras me cayeron sobre el pie izquierdo, rajándome el hueso aquí en este lugar. Fui tratada por el Doctor Caramujo, que es un médico muy bueno. Me sané, aunque quedé coja por el resto de mi vida.

—¿Usted cree que ese Doctor Caramujo es capaz de curar a una muñeca que nació muda? —le preguntó la niña.

—Sí, él la cura. Él tiene unas píldoras que curan todos los males, excepto cuando el enfermo muere.

Mientras conversaban, Doña Araña iba trabajando en el vestido.

—Está listo —dijo ella finalmente—. Vamos a probártelo.

Naricita se vistió, y fue a mirarse en el espejo.

—¡Qué belleza! —exclamó, aplaudiendo—. ¡Me veo como un cielo despejado!…

Y de veras estaba linda. Se veía linda, tan linda con su vestido de tela rosada con estrellitas de oro, que incluso el espejo abrió los ojos,

asombrado.

En seguida, Doña Araña trajo su cofre de joyas y puso en la cabeza de la niña una diadema de gotas de rocío, y brazaletes de rubís del mar en los brazos, y anillos brillantes del mar en los dedos, y hebillas de esmeraldas del mar en los zapatos, y una gran rosa del mar en el pecho.

Naricita quedó aún más linda, tan linda que el espejo abrió un poco más los ojos, y comenzó a abrir la boca.

—¿Estoy lista? —preguntó la niña, deslumbrada.

—Espera —respondió Doña Araña Costurera—. Faltan los polvos de mariposa.

Y les ordenó a sus seis hijitas que trajeran las cajas de polvo de mariposa. Escogió el más adecuado, el famoso «polvo roba colores», que de tan brillante que era parecía «polvo del cielo sin nubes» mezclado con «polvo del sol que acaba de nacer ». Espolvoreada con él, ¡la niña quedó como un sueño dorado! Se veía linda, tan linda, más, más y más linda, que el espejo abría cada vez más los ojos, más, más y más, hasta que —*¡crac!* —. ¡Se rajó de arriba abajo en seis fragmentos!

En lugar de enojarse por eso, como lo esperaba Naricita, Doña Araña se puso a bailar de alegría.

—¡Gracias! —exclamó con un suspiro de alivio—. Por fin llegó el día de mi liberación. Cuando nací, un hada resentida que detestaba a mi pobre madre me convirtió en araña condenándome a vivir haciendo costuras la vida entera. Pero en el mismo instante apareció un hada buena y me dio este espejo con estas palabras: «El día en que hagas el vestido más lindo del mundo, dejarás de ser araña y serás lo que quieras».



—¡Qué bueno! —aplaudió Naricita—. ¿Y en qué se quiere convertir?

—Todavía no lo sé —respondió la araña—. Tengo que consultarle al Príncipe.

—Sí, pero no se convierta en nada antes de hacerle un vestido a Emilia con estos retazos. La pobrecita no puede presentarse al baile como está, en

jirones de camisa.

—Ahora ya es tarde, niña. El hechizo está roto; ya no soy costurera. Pero mis hijas podrán hacerle el vestido a la muñeca. No saldrá gran cosa porque no tienen la práctica mía, pero servirá. ¿Dónde está la señora Emilia?

Naricita no lo sabía. Después de robarle los anteojos a la vieja y salir corriendo, nadie más había visto a la muñeca.

Doña Araña se volteó hacia las seis arañitas.

—Hijas mías —dijo—, el hechizo está roto y después me convertiré en lo que yo quiera. Así que voy a abandonar esta vida de costurera, y las voy a dejar a ustedes en mi lugar. El hechizo permanecerá en ustedes. Cada una conservará un pedazo del espejo y pasará la vida cosiendo hasta que logre hacer un vestido que lo haga quebrarse de admiración, como le sucedió al gran espejo.

En ese momento apareció el Príncipe. Naricita le contó toda la historia, inclusive la confusión de la araña sobre la decisión de en qué convertirse.

El Príncipe dijo que a su reino le faltaban sirenas, y que a él le agradaría mucho que ella se convirtiera en una sirena.

—¡Nunca! —protestó Naricita, que era de muy buenos sentimientos—. Las sirenas son criaturas malvadas, cuyo mayor placer consiste en hacer que los barcos naufraguen. Mejor conviértase en princesa.

Hubo una gran discusión, sin que se decidiera nada. Finalmente, la araña resolvió no convertirse en ninguna cosa.

—Creo que es mejor quedarme como soy. Así, coja de una pierna, si me convierto en princesa, seré la Princesa Coja; si me convierto en sirena, seré la Sirena Coja y todos se burlarán de mí. Además, como ya soy araña hace mil años, estoy acostumbradísima a serlo.

Y siguió siendo araña.

LA FIESTA Y EL MAYOR

Llegó la hora de la fiesta. Dándole la mano a Naricita, el Príncipe se dirigió al salón de baile.

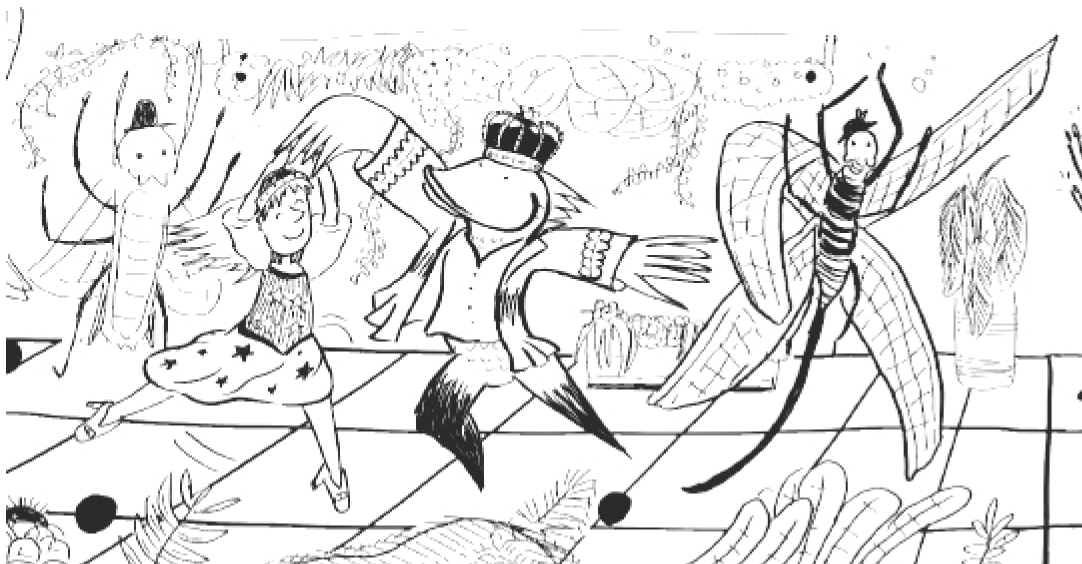
—¡Cómo está de linda! —exclamaron los hidalgos allí reunidos al verla entrar—. Con seguridad es la hija única del Hada de los Siete Mares…

El salón parecía un cielo despejado. En lugar de lámparas, se veían colgados del techo ramos de rayos de sol recogidos por la mañana. Flores en cantidades, traídas y arregladas por picaflores. Había tantas perlas sueltas por el suelo que caminar se volvía difícil. No hubo ninguna ostra que no trajera su perla, para colgarla en una ramita de coral o tirarla por ahí como si fuera un desecho. Y lo que no era perla era flor, y lo que no era flor era nácar, y lo que no era nácar era rubí y esmeralda y oro y diamante. ¡Un verdadero vértigo de belleza!

El Príncipe sólo había invitado a los seres pequeñitos, por él ser también pequeñito y con un cuerpo muy delicado. Si un hipopótamo o una ballena aparecieran por allí, sería el mayor de los desastres.

Naricita recorrió la mirada por los asistentes. No podía haber nada más curioso. Escarabajos pequeños de frac y flores en la solapa conversaban con cucarachitas de mantilla y flores de nomeolvides en el cabello. Abejas doradas, verdes y azules hablaban mal de las avispas de cintura fina, pues les parecía exagerado que usaran esos chalecos tan apretados. Cientos de sardinas criticaban los cuidados excesivos que las mariposas, de tocados de gasa, tenían con el polvo de sus alas. Los abejorros tenían los aguijones atados para que no mordieran. Y los canarios cantaban, los picaflores besaban las flores, y los camarones camaroneaban, y los cangrejos cangrejeaban, y todo lo que es pequeño y no muerde, pequeñeaba sin morder.

Naricita y el Príncipe danzaron la primera contradanza bajo las miradas de admiración de la asistencia. Según las reglas de la corte, cuando el Príncipe danzaba, todos debían mantenerse boquiabiertos y con los ojos bien atentos. Después comenzó el gran baile tradicional.



Esta fue la parte que más le gustó a Naricita. ¡Tantas escenas graciosas! ¡Tantas tragedias! Un viejo cangrejo que había sacado a una oruga gorda a bailar el vals, la apretó tanto en los brazos que la reventó con la pinza. La pobre dama pegó un grito cuando vio derramarse ese líquido verde que las orugas tienen en su interior. Al mismo tiempo que eso sucedía, otro desastre ocurría con el escarabajo del Instituto Histórico, que se tropezó con una perla, se cayó y se desbarató por completo.

El Doctor Caramujo fue llamado de urgencia para reparar a la oruga y al escarabajo.

—¡Qué buen cirujano! —exclamó Naricita al ver la destreza con la que él selló a la oruga y remendó al escarabajo.

Sólo sobraron dos piezas, una pierna y una antena. «Y trabaja científicamente», reflexionó la niña, notando que, antes de tratar al enfermo, el doctor nunca dejaba de hacer el «diagnóstico».

—Mañana, sin falta, voy a llevar a Emilia a su consultorio —le dijo al Príncipe.

—Y, entre otras cosas, ¿en dónde está la Señora Emilia? —indagó—. Desde la pelea con Doña Cucarachita no la volví a ver.

—Ni yo. Creo que sería bueno que el Señor Príncipe mandara a buscarla.

El pececito le gritó a mayordomo que encontrara a la muñeca sin tardanza.

Mientras tanto el baile proseguía. Llegaron las libélulas, que gozan de la fama de ser las bailarinas más livianas del mundo. ¡De hecho lo son! Bailan sin tocar con los pequeños pies el suelo, volando todo el tiempo. El lindo vals de las libélulas iba por la mitad cuando reapareció el mayordomo, muy agobiado.

—¡Doña Emilia fue asaltada por algún bandido! —gritó—. Está allá en la gruta de los tesoros, tendida en el suelo, como si estuviera muerta.

Inmediatamente Naricita saltó del trono y corrió a salvar a su querida bruja. La encontró caída en el suelo, con el rostro arañado, sin despertarse. El Doctor Caramujo, que fue llamado de urgencia, la despertó con un buen pellizco, después de hacer el indispensable «diagnóstico».

—¿Quién será el monstruo que le hizo esto a la pobre? —exclamó la niña, examinándole la cara y viendo que le habían arrancado uno de los ojos —. No le bastaba con ser muda, y ahora también se va a quedar ciega. ¡Pobrecita mi Emilia!…

—Imposible descubrir al criminal —declaró el Príncipe—. No hay pistas. Sólo después de que el Doctor Caramujo la cure de la mudez, podremos descubrir algo.

—Mañana bien temprano veremos eso — concluyó Naricita—. Ahora es muy tarde. Estoy cayéndome de sueño…

Y deseándole buenas noches al Príncipe, se retiró con Emilia a sus aposentos.

Pero Naricita no pudo dormir. Tan pronto se acostó, oyó unos gemidos en el jardín de al lado. Se levantó. Atisbó por la ventana. Era el sapo al que habían vestido de anciana.

—¡ Buenas noches, Mayor Agarra! ¿Qué lamentos tan tristes son esos? ¿No está contento con su faldita nueva?



—No se burle, niña, que el caso no está para burlas —respondió el sapo con voz llorosa—. El Príncipe me condenó a tragarme cien piedras redondas. Ya me tragué noventa y nueve. ¡No puedo más! Apiádese de mí, querida niña, y pídale al Príncipe que me perdone.

Naricita sintió tanta tristeza por el sapo que así, en camisola como estaba, se fue corriendo al cuarto del Príncipe, y llamó a su puerta precipitadamente —*¡toc, toc, toc!*

—¿Quién es? —indagó desde adentro el pececito que se estaba desvistiendo de sus escamas para dormir.

—Es Naricita. Quiero que perdone al pobre Mayor Agarra.

—¿Perdonarlo por qué? —exclamó el Príncipe, quien tenía una memoria muy endeble.

—¿No lo condenó a tragarse cien piedritas redondas? Ya se tragó noventa y nueve y está atragantado con la última. No le entra. ¡No le cabe! Allá está en el jardín, con la barriga ardiéndole, gimiendo y llorando tanto que no me deja dormir.

El Príncipe se enfadó.

—¡El Mayor es muy estúpido! Yo le dije eso de broma. Dile que vomite las piedritas y que no me importune.

Naricita se fue, saltando de felicidad, a darle la buena noticia al sapo.

—¡Mayor, está perdonado! El Príncipe le ordena que vomite las piedritas y regrese al trabajo.

Por más esfuerzos que hizo, el sapo no logró aliviarse de las piedras. Estaba empachado.

—¡Imposible! —gimió—. La única manera es que el Doctor Caramujo me abra la barriga con su cuchillito y me saque las piedras una por una con la pinza del cangrejo que le sirve para eso.

—En ese caso, muy buenas noches, señor sapo. Sólo mañana podremos tratarlo de eso. Tenga paciencia y cuidado de no morirse hasta entonces.

El sapo le agradeció a la niña su buena acción, y le prometió que si lograba huir de las garras del Príncipe iría a vivir a la finca de Doña Benta para mantenerle la huerta limpia de babosas y orugas.

Naricita se retiró de nuevo, y ya iba saltando a la cama cuando se acordó de Pulgarcito, a quien había dejado escondido en la concha.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué cabeza la mía! El pobrecito debe estar cansado de esperarme…

Y se fue corriendo a la gruta de los tesoros. Pero perdió el viaje. Pulgarcito había desaparecido con todo y concha…

La píldora hablante

Al día siguiente, la niña se levantó muy temprano a llevar a la muñeca al consultorio del Doctor Caramujo. Lo encontró con la cara de quien se ha comido una serpiente rellena de escorpiones.

—¿Qué le pasa, doctor?

—Que encontré mi depósito de píldoras saqueado. Me las robaron todas…

—¡Qué fastidio! —exclamó la niña molestísima—. Pero ¿no puede fabricar otras? Si quiere, le ayudo a empacarlas.

—Imposible. Ya murió el escarabajo boticario que hacía las píldoras, sin haberle revelado el secreto a nadie. A mí sólo me quedaban una centena de las mil que les compré a los herederos. El miserable ladrón sólo me dejó una, y es inservible para este caso porque no es una píldora hablante.

—¿Y ahora?

—Ahora, sólo podría hacer cierta operación. Abro la garganta de la muñeca muda y le pongo adentro una vocecita —respondió el doctor, tomando su cuchillo de punta para afilar—. Ya preparé todo.

En ese momento se oyó un gran ruido en el corredor.

—¿Qué será? —indagó sorprendida la niña.

—Es el loro que acaba de llegar —afirmó el doctor.

—¿Qué loro, hombre de Dios? ¿Qué viene a hacer aquí ese loro?

El Maestro Caramujo le explicó que, como no había encontrado sus píldoras, había mandado a traer un loro muy hablador que había en el reino. Tendría que matarlo para extraerle la vocecita que iría por dentro de la muñeca.

Naricita, que no admitía que se matara ni a una hormiga, se rebeló en contra el crimen.

—¡Entonces no quiero! Prefiero que Emilia se quede muda toda la vida a sacrificar a una pobre ave que no tiene la culpa de nada.

Tan pronto acabó de hablar, los ayudantes del doctor, unos cangrejos muy antipáticos, aparecieron en la puerta, arrastrando a un pobre loro con el pico amarrado. Él se resistía, pero los cangrejos eran más fuertes y daban golpes y más golpes.

Furiosa con esta insensatez, Naricita avanzó dando bofetones y puntapiés en contra de los brutales cangrejos.

—¡No quiero! ¡No admito que lo maltraten! —gritó congestionada de cólera, desamarrándole el pico al loro y lanzándoles las cuerdas a las narices de los cangrejos.

El Doctor Caramujo se desanimó, porque sin píldoras ni loros era imposible reparar a la muñeca. Y dio la orden de que le trajeran el segundo paciente.

Entonces apareció el sapo en un carrito. Tuvo que venir sobre ruedas por causa del empacho de la barriga; parecía que las piedras hubieran crecido de volumen dentro de él. Como todavía estaba vestido con la falda y la capota de Emilia, Naricita se vio obligada a taparse la boca para no reírse en ese momento tan inadecuado.

El gran cirujano abrió con el cuchillo la barriga del sapo y sacó la primera piedra con la pinza del cangrejo. Al verla a la luz del día, en su cara

se dibujó una sonrisa caramujal.

—¡No se trata de una piedra! —exclamó muy contento. —¡Es una de mis píldoras! Pero ¿cómo habrá ido a parar en la barriga de este sapo?…

Clavó de nuevo la pinza y sacó una nueva piedra. ¡Era otra píldora! Y así continuó hasta sacar de adentro noventa y nueve píldoras.

La alegría del doctor fue inmensa. Como no sabía curar sin esas píldoras, estaba con miedo de ser dimitido de su cargo de médico de la corte.



—Ahora podemos curar a la Señora Emilia —afirmó después de coserle la barriga al sapo.

La muñeca llegó. El doctor escogió una píldora hablante y se la puso en la boca.

—¡Trágatela ya! —dijo Naricita, mostrándole a Emilia cómo se toma una píldora—. Y no hagas tantas muecas que se te salta el otro ojo.

Emilia se tragó la píldora, muy bien tragada, y comenzó a hablar en ese mismo instante. La primera cosa que dijo fue: «¡Estoy con un horrible sabor a sapo en la boca!». Y habló, habló, habló más de una hora sin parar. Habló tanto que Naricita, aturdida, le dijo al doctor que era mejor hacerla vomitar esa píldora y que se tomara una más suave.

—No es necesario —explicó el gran médico—. Que ella hable hasta el cansancio. Después de algunas horas de charlatanerías, se va a calmar y

será como todo el mundo. Esto es el «habla retenida» que debe ser sacada afuera.

Y así fue. Emilia habló tres horas sin respirar. Por fin se calló.

—¡Gracias! —exclamó la niña—. Ahora podemos conversar como las personas y saber quién fue el bandido que te asaltó en la gruta. Cuéntanos bien lo que pasó.

Emilia se puso rígida y comenzó a decir con su vocecita fina de muñeca de trapo:

—Pues fue esa diabla de Doña Cucaracha. La vieja se apareció en la gruta de las cáscaras…

—¿Qué cáscaras, Emilia? Parece que todavía no estás normal…

—Sí, la de las cáscaras —la muñeca repitió con terquedad—. Esas cáscaras de bichos blandos que tú admiras tanto y llamas conchas. La vieja apareció y comenzó a buscar a ese muñeco…

—¿Cuál muñeco, Emilia?

—El tal Pulgada que agujereaba los bizcochos y que tú escondiste en una cáscara bien al fondo. Comenzó a buscarlo y sacudió las cáscaras, una por una, para ver cuál tenía el muñeco adentro. Y buscó tanto que lo encontró. Y lo agarró en la cáscara y salió con ella debajo de la cobija…

—¡De la mantilla, Emilia!

— DE LA COBIJA.

—¡Mantilla, boba!

—COBIJA. Fue saliendo con ella debajo de la COBIJA y yo vi todo y salté encima de ella. Pero la vieja me aruñó la cara y me golpeó con la cáscara en la cabeza, con tanta fuerza que me dormí. Sólo desperté cuando el Doctor Cara de Lechuza…

—¡Doctor Caramujo, Emilia!

—Doctor CARA DE LECHUZA. Sólo desperté cuando el Doctor CARA DE LECHUZA me clavó un bellizco grande.

—Pellizco —corrigió Naricita por última vez, metiendo la muñeca en el bolsillo.

Vio que el habla de Emilia todavía no estaba bien ajustada, eso sólo se lograría con el tiempo. También vio que era terca e insolente por naturaleza, y que tenía una opinión especial y muy propia acerca de todo. «Mejor que

sea así», filosofó Naricita. «Las ideas de la abuela y de la Tía Anastasia respecto de todo son tan conocidas que uno las adivina antes de que ellas abran la boca. Las ideas de Emilia serán siempre novedosas».

Y regresó al palacio, en donde la corte estaba reunida para otra fiesta que el Príncipe había organizado. Pero tan pronto entró en el salón de baile, sonó un gran estruendo afuera, el estruendo de una voz que decía:

—¡Naricita, la abuela está llamándote!…

Fue tan tremendo el susto que causó ese trueno entre los personajes del reino marino, que todos desaparecieron como por encanto. Entonces surgió un ventarrón tan fuerte que cubrió a la niña y a la muñeca, arrastrándolas del fondo del océano hacia la orilla del arroyuelo del huerto.

Otra vez estaban en la finca de Doña Benta.

Naricita corrió a la casa. Una vez la vio entrar, Doña Benta le dijo:

—Te tengo una gran noticia, Lucía. Ahora vas a tener un buen compañero de juegos acá en la finca. ¿Adivinas quién es?

La niña recordó, de inmediato, al Mayor Agarra quien le había prometido que vendría a vivir con ella.

—¡Ya sé, abuela! Es el Mayor-Agarra-y-no-Suelta-Más. Él me dijo que vendría.

Doña Benta puso cara de espanto.

—Estás soñando, niña. No se trata de ningún mayor.

—Si no es el sapo, ¡entonces es el loro! —continuó Naricita, recordando que el loro también le había prometido venir a visitarla.

—Cuál sapo, ni cuál loro, ni tampoco ningún elefante, ni caimán. Quien viene a pasar un tiempo con nosotras es Pedrito, el hijo de mi hija Antoñita.

Lucía dio tres volteretas de alegría.

—¿Y cuándo llega mi primo? —indagó.

—Debe llegar mañana por la mañana. Alístate. Arregla el cuarto de huéspedes y destuerce a esa muñeca. ¿En dónde se ha visto a una niña de tu tamaño que ande con una muñeca con una camisa desflecada y un solo ojo?

—¡Es culpa de ella, Doña Benta! Naricita me quitó la falda para vestir al gran sapo veteado — dijo Emilia, hablando por primera vez desde que había llegado a la finca.

Doña Benta se llevó un tremendo susto, y por un pelo no se cayó de su sillita de patas cortas. Con los ojos desorbitados, gritó hacia la cocina:

—¡Corre Anastasia! Ven a ver este fenómeno…

La negra apareció en la sala, secándose las manos en el delantal.

—¿Qué pasa, mi señora? —preguntó.

—¡La muñeca de Naricita está hablando!…

La buena negra se carcajeó con ganas, con toda su boca.

—¡Imposible, señora! Eso es algo nunca visto. Naricita la está engañando a su merced.

—¡Engañando a su nariz! —gritó Emilia furiosa—. Sí hablo y hablaré. Yo no hablaba porque era muda, pero el Doctor Cara de Lechuza me dio una pepita de la barriga del sapo y me la tragué y quedé hablando y hablaré la vida entera, ¿me entendió?

La negra abrió la boca más grande del mundo.

— ¡Y de veras sí habla, señora!… —exclamó con el mayor asombro —. ¡Habla como una persona! ¡Jesús! El mundo está perdido…

Y se recostó contra la pared para no caerse.

La Finca del Pájaro Carpintero Amarillo

Los corozos

Al regresar del Reino de las Aguas Claras, Naricita comenzó todas las noches a soñar con el Príncipe Escamado, Doña Araña, el Doctor Caramujo y los demás personajes que había conocido allá. Llegó al punto de que no podía ver al más minúsculo insecto sin que se imaginara la vida maravillosa que tendría en su terrenito. Y cuando no pensaba en eso, lo hacía en Pulgarcito y en las formas para hacerlo huir de nuevo de la historia en donde el pobrecito vivía cautivo.

Este era el asunto predilecto de las charlas de la niña con la muñeca. Hacían planes de toda naturaleza, cada uno más delirante que el otro. Emilia tenía ideas de una verdadera loca.

—Voy allá —decía— y agarro por las orejas a Doña Cucaracha y le doy un puntapié en esa nariz ganchuda y agarro a Pulgada por las botas y vengo corriendo.

Naricita se reía, se reía…

—¿Vas adónde, Emilia?

—Allá en donde vive la vieja.

—¿Y en dónde vive la vieja?

La muñeca no sabía, pero no se enredaba en la respuesta. Emilia nunca se había enredado en sus respuestas. Decía las mayores insolencias del mundo, pero respondía.

—La vieja vive con Pulgadita.

—¡Pulgar, Emilia!

— PUL-GA-DA.

Era terca como ella sola. Nunca dijo Doctor Caramujo. Siempre decía Doctor Cara de Lechuza. Y nunca quiso decir Pulgar. Siempre decía Pulgada.

—Muy bien —coincidió la niña—. La vieja vive con Pulgar y Pulgar vive con la vieja. Pero, ¿en dónde viven los dos?

—Viven juntos.

Naricita se reía mientras decía:

—¡Esta diablilla es imposible!

A Doña Benta también le parecían muy graciosas las locuras de la muñeca. Todas las noches se la ponía en el regazo para contarle historias. Porque no había nadie en el mundo a quien le gustaran más las historias que a la muñeca. Vivía pidiendo que le contaran la historia de todo, del tapete, del reloj de cuco, del armario. Cuando supo que Pedrito, el otro nieto de Doña Benta vendría a pasar un tiempo en la finca, pidió que le contaran su historia.

—Pedrito no tiene historia —respondió Doña Benta riéndose—. Es un niño de diez años que nunca salió de la casa de mi hija Antoñita y por eso no ha hecho nada y no conoce el mundo. ¿Cómo podría tener historia?

—¡Buena esa! —replicó la muñeca—. Ese libro de carátula amarilla de su estante tampoco ha salido nunca de la casa y, sin embargo, tiene más de diez historias adentro.

Doña Benta se dirigió a la Tía Anastasia.

—Esta Emilia dice tantas insolencias que es casi imposible conversar con ella. Logra que uno se confunda.

—Es porque es de trapo, señora —explicó la negra—, y de un trapo muy ordinario. Si yo me hubiera imaginado que aprendería a hablar, la habría hecho de seda, o por lo menos de un retazo del vestido que usted usa para ir a misa.

Doña Benta miró a la Tía Anastasia de cierta manera, como si le pareciera que esa explicación era muy similar a las de Emilia…

En esas apareció Naricita, con una carta para Doña Benta que había llegado por el correo.

—Es la letra de tu hija Toñita, abuela —dijo la niña—. Con seguridad es para concretar el viaje de Pedrito.

Doña Benta leyó. Exactamente era eso. Pedrito vendría en una semana.

—¿Todavía falta una semana? —comentó Naricita, desanimada por tanta demora—. ¡Qué pesar! Tengo tantas cosas que contarle a Pedrito, cosas sobre el Reino de las Aguas Claras…

—No sé qué reino es ese. Tú nunca me lo mencionaste —dijo Doña Benta con cara de sorpresa.

—No lo mencioné ni lo menciono porque tú no me creerías. ¡Una belleza de reino, abuela! ¡Un palacio de coral que parece un sueño! Y el Príncipe Escamado, y el Doctor Caramujo, y Doña Araña con sus seis hijitas, y el Mayor Agarra, y el loro que salvé de la muerte, ¡tantas cosas!… Incluso, allá vimos ballenas, una ballena enorme que le daba de mamar a tres ballenatos. Vi un millón de cosas, pero no puedo contarles nada a la abuela ni a la Tía Anastasia porque no me lo creerían. A Pedrito sí, puedo contarle todo, todo…

De hecho, Doña Benta nunca había creído en las historias maravillosas de Naricita. Siempre decía: «Esos son sueños de niños». Pero después de que la niña hizo hablar a la muñeca, Doña Benta quedó tan impresionada que le dijo a la negra bonachona:

—Esto es un prodigio tan grande que casi estoy por creer que las otras cosas fantásticas que Naricita nos ha contado no son simples sueños, como siempre pensé.

—Yo también lo creo, señora. Esa niña es tremenda. Es bien capaz de haberse encontrado por ahí alguna varita mágica que alguna hada haya perdido… Yo tampoco creía en lo que ella decía, pero después del asunto de la muñeca quedé confundida. Pues en dónde se ha visto una cosa así, señora, una muñeca de trapo, que yo misma hice con estas pobres manos, y de un trapo tan ordinario, que hable, señora, ¡que hable como una persona! O nosotras nos estamos envejeciendo, o el mundo está perdido…

Las dos viejas se miraban la una a la otra, sacudiendo la cabeza.

A Naricita no le gustaba esperar; entonces quedó aburrida de tener que esperar una semana entera a Pedrito. Afortunadamente era la época de los corozos.



En la finca de Doña Benta había varias matas, pero sólo bastaba una para que todos se deleitaran hasta el empalago. Precisamente esa semana, los corozos estaban en «su punto» y la niña no hacía otra cosa que chupar corozos. Un volantín y medio y trepaba en el árbol como si fuera un miquito. Escogía los más bonitos, se los ponía entre los dientes y *¡tloc!* Y después del *tloc*, un bocadito del jugo y *¡pluf!* —la pepita para afuera—. Y *tloc, pluf…— tloc, pluf*, se pasaba el día entero en el árbol.

Los corozos tenían otros clientes además de la niña. Uno de ellos era un cerdito muy goloso que se llamaba Rabicó. Tan pronto veía que Naricita se trepaba en el árbol, Rabicó llegaba corriendo a pararse abajo a esperar las pepitas. Cada vez que sonaba allá arriba un *¡tloc!* seguido de un *¡pluf!*, acá debajo se oía un *¡ñoc!* del cerdito que mordisqueaba cualquier cosa. Y la canción del corozo era así: *¡tloc, pluf, ñoc!… ¡tloc, pluf, ñoc!…*

También pájaros y abejas y avispas. Avispas en cantidad, sobre todo al final, cuando los corozos se convertían en casi una miel, como decía Naricita. Escogían las mejores frutas, las agujereaban con el aguijón, insertaban medio cuerpo adentro y se quedaban muy quietecitas, succionando hasta que caían embriagadas.

—¿Y no picaban?

—No tenían tiempo. El tiempo era poco para que aprovecharan esa delicia que sólo duraba cerca de quince días.

No picaban es una forma de decirlo. Más bien, nunca habían picado, porque precisamente aquella tarde, una de ellas lo hizo. Naricita estaba en su rama, distraída pensando en la sorpresa para el príncipe Escamado si recibiera un corozo de regalo, cuando se llevó a la boca una de las que estaban agujereadas, con media avispa por dentro. Esta vez en lugar del *tloc* acostumbrado lo que sonó fue un grito —*¡ay, ay, ¡ay!*— gritado tan alto que las dos viejas lo oyeron dentro de la casa.

—¿Qué será eso? —exclamó doña Benta asustada.

—¡Apuesto que es una avispa, señora! —dijo la tía Anastasia—. Ella no sale del «frutero» y, como nunca la han picado, abusa. Yo vivo diciéndole: «¡Cuidado con las avispas!», pero no sirve de nada, Naricita no hace caso. Ahora, ahí la tenemos…

Y se fue corriendo a la huerta para auxiliar a la niña.

La encontró regresando, llorando con la lengua afuera, porque fue justo en la punta de la lengua en donde la avispa la había aguijoneado. La negra la trajo a la casa, la sentó en su regazo y le dijo:

—Tranquilízate, boba, eso no es nada. Ahora te duele, pero luego pasa. Muestra la lengua para sacarte el aguijón. La avispa, cuando pica, deja el aguijón en el lugar del picotazo. Sácala bien afuera. Así.

Naricita sacó la mitad de la lengua y la tía Anastasia, con mucho trabajo, porque ya le fallaba la vista, finalmente pudo descubrir el aguijoncito y arrancárselo.

—¡Listo! —exclamó mostrando cualquier cosa en la punta de una pinza—. Aquí está el malvado. Ahora lo que resta es tener paciencia y esperar a que pase el dolor. Si te hubiera mordido un perro bravo sería mucho peor…

Naricita padeció el dolor durante algunos minutos, con la lengua hinchada y los ojos rojos, sollozando de vez en cuando. Después de que le pasó el dolor, se fue a contarle toda la historia a la muñeca.

—¡Bien hecho! —dijo Emilia—. Si fuera yo, antes de comer miraría cada fruta, una por una, con los binóculos de doña Benta.

A pesar de lo sucedido, Naricita no pudo reprimir una carcajada que la tía Anastasia oyó desde la cocina.

—Naricita ya se sanó —se dijo a sí misma— y en un momentico ya estará trepada en el árbol, otra vez.

Y tenía razón. Al rato, cuando se fue al río con el bulto de ropa sucia, cuando pasó por el árbol de corozo se detuvo a oír la música de siempre —*¡tloc, puf, ñoc!*—. Allá estaba Naricita trepada en el árbol. Allá estaban las avispas con la mitad del cuerpo metido dentro de las frutas. Allá estaba Rabicó esperando que cayeran los corozos.

—¡Todo está normal! —murmuró para sí misma, y callándose la boca prosiguió su camino.

EL ENTIERRO DE LA AVISPA

Por la noche, a la hora de acostarse, Naricita recordó que había dejado a la muñeca debajo del árbol de corozo.

—¡Pobre Emilia!

Debe estar muerta de miedo de las lechuzas y le pidió a la Tía Anastasia que fuera a buscarla.

La negra fue y trajo a Emilia, toda húmeda de rocío, irritadísima por el olvido de la niña. Y sólo con la promesa de un bello vestido nuevo se le fue pasando el enfado. Un vestido estampado, rosado y con pinticas. Y con una falda bien larga.

—¿Por qué Emilia? —indagó la niña, sorprendiéndose por el tipo de encargo.

—Porque me ensucié la pierna aquí en la rodilla y no quiero que se vea.

—Lo más fácil sería lavar la rodilla.

—¡Dios me libre! La tía Anastasia dice que por dentro estoy rellena de hojas y por eso no me puedo mojar. Me vuelvo mohosa y me encojo. De pronto algún día puedo convertirme en condesa y no quiero que me llamen la Condesa del Moho.

—¡Tapo, olla, moho, hedor! Tienes razón, Emilia. Lo mejor es hacer un vestido de cola. Queda bien para las condesas. Pero ¿condesas de qué?

—¡Quiero ser la Condesa de las Tres Estrellitas! Me parece lindo todo lo que es de tres estrellitas, la ciudad de ***, el año de ***, el duque de ***, como está en esa novela que Doña Benta vive leyendo.

—Pues muy bien, Emilia. Desde este momento quedas nombrada Condesa de las Tres Estrellitas, y para que no haya duda voy a pintar tres estrellitas en tu cabeza. ¡ Todas las criaturas del mundo se van a retorcer de envidia!

—Todas menos una —dijo la muñeca.

—¿Quién?

—La avispa que pinchó tu lengua.

—Explícate Emilia. No entiendo nada.

—Quiero decir que la tal avispa está muerta y bien enterrada en el fondo de la tierra —explicó la muñeca—. Presencié todo. Cuando ella te picó en la lengua e hiciste *¡pluf!*, antes de gritar *¡ay! ¡ay! ¡ay!*, el corozo

que escupiste, aun con la avispa por dentro, cayó bien cerca de mí. Entonces, vi todo lo que pasó después de que te bajaste del árbol, berreando como un becerro, y con la lengua afuera.

Y la muñeca le contó con detalles el triste final de la pobre avispa.

—Ella se quedó casi una hora metida dentro de la cáscara, toda desbaratada, moviendo una pierna y la otra. Finalmente se detuvo. Había muerto. Las hormigas llegaron a ocuparse del entierro. Miraron, miraron, estudiaron la mejor manera de sacarla de allí. Al final, llamaron a otras hormigas y comenzaron el trabajo. Cada cual la agarró por una piernita y, jala que jala, la arrancaron de adentro del corozo. Y la fueron arrastrando hasta la cueva, que es el agujerito en donde viven las hormigas. Allá se detuvieron a la espera del hacedor de los discursos.

—¡Orador, Emilia!

—HACEDOR DE DISCURSOS.

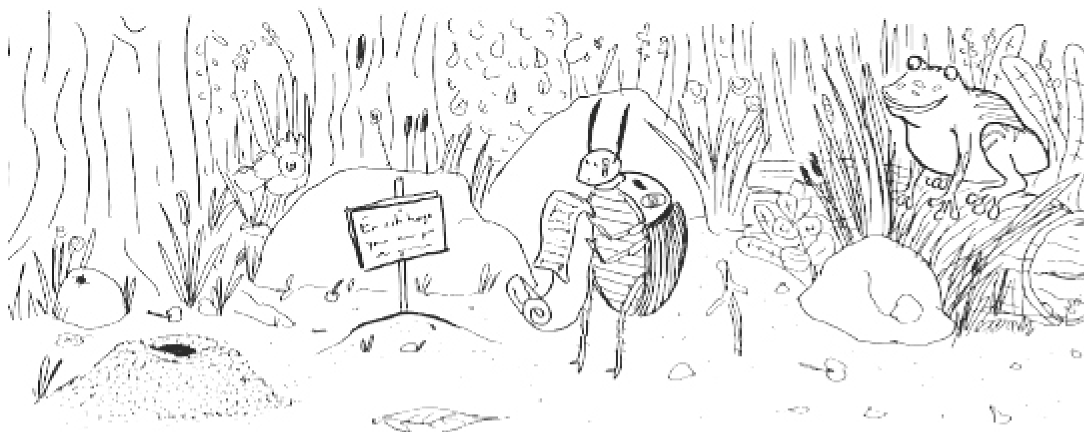
Él llegó, con el discursito debajo del brazo, escrito en un papel y leyó, leyó, leyó tanto que no terminaba. Las hormigas se molestaron con el escarabajito (era un escarabajito del Instituto Histórico) y lo rechiflaron. Entonces apareció una mantis religiosa que era policía, con una varita en la mano. «¿Qué pasa?», preguntó. «Pasa que estamos cansados y con hambre y este famoso orador no termina nunca su discurso. Demasiado empalagoso», dijeron las hormigas. «Detente pegajoso, pegajoso», decidió la soldada, y tumbó al orador con su varita.

Las hormigas, muy contentas, continuaron el trabajo y condujeron el cadáver de la avispa hacia el fondo de la cueva. En seguida, apareció una de ellas trayendo el siguiente letrero que clavó en un montoncito de tierra:

Aquí en este hoyo yace una pobre avispa asesinada en la flor de sus años por la niña de la nariz impertinente. ¡Oren por ella!

Una vez hecho esto, se retiró. La noche estaba bien oscura. En la huerta desierta sólo se quedó el escarabajito, un poco maltrecho por los golpes de la vara. Como fuera, quería continuar con el discurso. Al fin logró

recomponerse e inmediatamente continuó: «En este momento solemne…». En ese instante, a un sapo que iba pasando se le iluminaron los ojos y dijo: «¡Aguarda que yo te curo!…». ¡Dio un brinco y se tragó al hacedor de discursos!



—Emilia, ¿no te diste cuenta si ese sapo era el Mayor Agarra-y-No-Suelta-Más? —preguntó la niña.

—¡No, no era él! —respondió la muñeca—. Era el Coronel Come-Orador-con-Todo-y-Discurso…

La pesca

Finalmente se acabaron los corozos. Sólo en las ramas de bien arriba todavía se veía uno que otro, todos agujereados por las avispas.

Rabicó —*ron, ron, ron*— volvía a aparecer por allí por fuerza de la costumbre. Permanecía inmóvil, muy serio, esperando a que cayeran las cáscaras; pero, como no caía ninguna cosa, desistía y se retiraba —*ron, ron, ron*…

Naricita también aparecía de vez en cuando con una vara larga en la mano y con la nariz hacia el aire, con la esperanza de «pescar» alguna cosa.

—¡Arre, niña! —gritó desde el río la tía Anastasia, una de esas veces —. ¿No fue suficiente un mes entero de *tloc, tloc*? Suelta eso y ven a ayudarme a extender esta ropa, es lo mejor.

Naricita tiro la vara encima del cerdito, que hizo ¡oinc!, y se fue corriendo hacia el río, con Emilia patas arriba en el bolsillo del delantal.

Ahí se le ocurrió una idea: dejar a la muñeca pescando mientras ella le ayudaba a la negra.

—Tía Anastasia, hazle un anzuelito de alfiler a Emilia. La pobre tiene tanas ganas de pescar…

—¡Eso era lo que faltaba! —respondió la negra, sacándose el cigarrillo de la boca—. Yo, con tanto trabajo, perdiendo el tiempo con bobadas.

—¿Se lo haces? —insistió la niña—. Aquí tengo un alfiler. Hilo, hay en el dobladillo de mi falda. Varas, no faltan. ¿Se lo haces?

La negra no tuvo más remedio.

—¿Cómo no hacértelo, diablilla? Sí, lo haré. Pero si me atraso en el oficio, no es culpa mía.

Y lo hizo. Dobló el alfiler en forma de gancho, lo amarró a la punta de una hebra y encontró una vara, una varita de dos palmos, ¡imagínense! Naricita completó la obra, atando la vara al brazo de la muñeca.

—¿Y el cebo? —indagó después.

—El cebo es lo de menos, niña. Cualquier grillo sirve.

Salta aquí, salta allí, Naricita logró agarrar un grillo verde. Lo ensartó en el anzuelo. Después puso a la muñeca a la orilla del agua, muy tensa, con una piedra en el regazo para que no se cayera.

—¡Ahora Emilia, cierra el pico! Ningún piar, si no espantas a los peces. Tan pronto muerdan —*¡zúcutu!*— dale un jalón a la hebra.

Y, dejándola allí, se fue adonde la negra. —¿Me fritas para la cena el pececito de Emilia, Anastasia? ¿Me lo fritas?

—¡Sí te lo frito! ¡Te frito el dedo!

—¡No te burles, Anastasia! Emilia es muy avispada. Nadie se imagina de cuántas cosas es capaz.



No fue sino decir esas palabras y —*¡chibún!*— la pescadora de trapo giraba dentro del agua, con todo y piedra.

—¡Ayúdame, Anastasia! ¡Emilia se está ahogando! — la niña gritó afligida.

De hecho, un pez se había tragado el grillo y, luchando por zafarse del anzuelo, había arrastrado la muñeca a la mitad del río.

La tía Anastasia cogió una vara ganchuda y con mucha destreza fue jalando a la infeliz pescadora hacia la orilla del arroyo, hasta el lugar en donde la niña la pudiera agarrar.

Sucedió de esa manera, ¡y cuál no sería el asombro de Naricita al ver salir del agua, atrapado en el anzuelo de Emilia, un bocachico que rabiaba como loco! La negra quedó boquiabierta.

—¡Jesús! ¡Parece brujería! —rezongó.

Muy contenta de la aventura, Naricita se fue rauda para la casa con el pez en la mano.

—Abuela —gritó al entrar—, adivina quién pescó este bocachico…

Doña Benta la miró y dijo:

—¡Quién más! Tú, mi niña.

—¡Te equivocas!

—Entonces fue la tía Anastasia.

—¡Qué Anastasia, ni qué nada!…

—Entonces fue Saci —se burló Doña Benta.

—¡Abuelita, no logras adivinar! Pues fue Emilia…

—¿Estás engañando a tu abuela, mi niña?

—¡Te lo juro! Palabra de Dios que fue Emilia. Pregúntale a la tía Anastasia si quieres.

La negra venía entrando con el bulto de ropa lavada en la cabeza.

—¿Cierto que no fue así, tía Anastasia? ¿Cierto que no fue Emilia la que pescó el bocachico?

—Sí fue ella, señora —respondió la negra dirigiéndose a Doña Benta.

—Fue la muñeca. Señora, ¡no se imagina como es de traviesa esa niña! Se las arregló para poner a la muñeca a pescar a la orilla del río y el caso es que el pez está ahí…

Doña Benta abrió la boca.

—Bien dice el refrán: mientras más se vive más se aprende. Tengo más de sesenta años y todos los días aprendo cosas nuevas con esta nieta mía que es tan traviesa.

—Señora, los niños de hoy nacen aprendidos. En mi época, una niña de esa edad aún se cargaba en los brazos y tenía un chupete en la boca. ¿Hoy?… ¡Jesús! Mejor ni hablar…

Y con la niña danzando enfrente suyo, la tía Anastasia se fue para la cocina a fritar el bocachico.

LAS HORMIGAS COLORADAS

Sólo después de comerse el pescado frito, Naricita se acordó de la pobre muñeca mojada por el baño en el río.

—¡Pobre de ella! Capaz que agarró una neumonía…

Y se fue corriendo a cuidarla. La desvistió y la puso en un lugar bastante soleado. Por un lado extendió sus ropitas mojadas, y por el otro, a la pobre Emilia completamente desnuda. Y ya se iba a ir cuando la muñeca puso cara de llanto.

—¡Yo aquí no me quedo sola!

—¿Por qué, muñeca antipática? ¿Tienes miedo de que el cerdito venga a espiarte tus piernas flacas?

—No me importaría nada que me espiara, pero él es capaz de comerme. La tía Anastasia dice que Rabicó se devora todo lo que encuentra.

—Entonces te cuelgo en el árbol.

—¡Tampoco! —protestó Emilia—. Alguna avispa me podría picar.

—¡No seas boba! ¿No sabes que las avispas no pican en el trapo?

—Pero, ¿y si me caigo con el viento?

—¡Ay no, pues qué problema! Las muñecas de trapo no se lastiman cuando se caen. ¡Soy yo la que no me puedo exponer a este sol criminal mientras espero a que se seque la excelentísima Señora Condesa de las Tres Estrellitas! ¿Quién te mando a mojarte?

—¡Desagradecida! Si no fuera por mi mojada, no te habrías comido el bocachico.

—¿Estás pensando que el tal bocachico era gran cosa? Estaba lleno de espinas…

—Sí, pero te lo comiste con todo y espinas, y hasta te relamiste la trompa.

—Querrás decir los labios. Trompa es la de los bueyes. Comí porque me vino en gana, ¿oíste? No tengo que darle explicaciones a nadie —*¡ahn!* — y Naricita le sacó la lengua.

Las dos se enfadaron. Pero Naricita se quedó porque en el fondo le preocupaba dejar sola a la muñeca.

Había un sol ardiente. En los árboles, sólo se oía uno que otro tico-tico; en el suelo, sólo hormiguitas coloradas. Para matar el tiempo, la niña se puso a observar su corre-corre, olvidándose de la discusión con la muñeca.

—Emilia, ¿ya notaste cómo conversan las hormigas? Es una lástima que nosotras no entendamos qué dicen.

—Nosotras, es una forma de decir —replicó Emilia— porque yo entiendo muy bien lo que dicen.

—¿En serio, Emilia?

—En serio, Naricita. Entiendo muy bien y, si te quedas aquí conmigo, te contaré todas las pequeñas historias de las que hablan. Mira. Están

llegando, esa desde allá y otra desde acá. Cuando se encuentren se van a detener a conversar.

Dicho y hecho. Las hormiguitas se encontraron, se detuvieron y comenzaron a intercambiar señas para entenderse.

—¡Quedé en las mismas! —dijo la niña.

—Pues yo entendí todo —afirmó la muñeca—. Esa que llegó de allá dijo: «¿Encontraste el cadáver del grillito verde?». La otra que llegó desde acá le respondió: «¡No!». La de allá: «Pues regresa y busca cerca de esa piedra en donde vive el escarabajo cojo». Esta hormiga que da órdenes debe ser alguna ama de casa del hormiguero. Y mira sus gestos de mandona; siempre está entrando y saliendo del agujero, como quien coordina un trabajo. Seguramente, la otra es una arriera.

Eso debe ser porque después llegó una tercera, con mucha prisa, que se secreteó con la mandona y se fue aún más apurada.

—¿Qué dijo esta? —preguntó Naricita.

—Dijo que habían descubierto una bonita lombriz cerca de la puerta, pero que necesitaban de ayuda para cargarla.

—Emilia, ¡me estás engañando! —exclamó la niña desconfiada.

—Voy a ver, y si no es verdad me la pagas. Espera un minuto…

Y se fue en dirección a la puerta. Buscando y buscando, se encontró a una pobre lombriz que daba tumbos con varias hormiguitas clavadas en su lomo.

Tuvo ganas de liberar a la prisionera, pero la curiosidad de ver lo que pasaría fue más grande —y dejó a la triste lombriz entregada a su trágico destino.

Fueron llegando otras hormiguitas, que de un volantín —*¡zas!*— se encaramaban sin piedad en la lombriz. En poco tiempo ya eran más de veinte. La lombriz se retorció; finalmente, exhausta, se le fue aplastando el cuerpo hasta que se murió bien muerta. Entonces las hormiguitas comenzaron a arrastrarla hacia el hormiguero.

¡Qué dificultad! La lombriz era de las más gordas, pesaba unas siete arrobas —pequeñas arrobas de hormiga, y además de eso se iba enredando por el camino en cuanta piedrita o pasto aparecían; pero las arrieras sabían sortear todos los obstáculos.

Después de media hora de trabajo llegaron con la lombriz a la boca del hormiguero. Ahí, de nuevo otro problema. Por más ensayos que hicieron, no hubo forma de cogerla entera. En ese momento apareció la hormiga mandona. Examinó el asunto y dio la orden de que la picaran en varias rodajas.

¡Eso fue en un dos por tres! En tres intentos se hizo el trabajo y las rodajas de carne fueron llevadas para adentro.

—¡Sí, señora! —exclamó la niña después de que terminó la fiesta—. ¡Es lo que se llama un trabajo limpio! Al demonio le gustaría ser lombriz en este huerto…

—¡Bien hecho! —dijo Emilia—. ¿Quién la mandó a ser tan entrometida? Si se hubiera quedado con las otras dentro de la tierra, que es el lugar de las lombrices, nada le habría sucedido. El que se las busca, las encuentra, como dice la Tía Anastasia.

Eso sucedió durante el día. Por la noche, continuó la historia de las hormigas. Naricita y Emilia dormían juntas en la misma cama. El chinchorro amarrado a las patas de la silla fue abandonado desde que la muñeca aprendió a hablar. Dormían juntas para conversar hasta que les llegara el sueño.

—Pero Emilia, ¿cómo es eso de que entiendes el lenguaje de las hormigas? —preguntó Naricita después de acostarse.

La muñeca reflexionó un rato y respondió:

—Entiendo porque soy de trapo.

Naricita soltó una carcajada.

—Esa no es respuesta de una señora inteligente. Mi vestido también es de tela y no entiende nada.

La muñeca pensó de nuevo.

—Entonces porque estoy rellena de hojas —dijo.

Otra risotada de Naricita.

—Esa tampoco es una respuesta. Esta almohada también está rellena de hojas y entiende a las hormigas lo mismo que yo.

—Entonces… entonces… —se asfixió Emilia, con el dedito en la cabeza…—. Entonces no sé.

Era la primera vez que Emilia se enredaba en una respuesta. La primera y la última. Nunca más habría una pregunta que la confundiera.

—Pues si no lo sabes, duérmete —dijo la niña, volteándose hacia la pared.

Las dos se durmieron.

Bien entrada la noche, estaban en lo más profundo del sueño cuando tocaron *—toc, toc, toc.*

—¿Quién es? —preguntó Naricita sentándose en la cama.

—¡Soy yo, Rabicó! —gruñó el cerdito entreabriendo la puerta con el hocico—. Aquí está una señora pelirroja que quiere entrar.

—¡Pues que entre! —ordenó la niña.

Rabicó abrió la puerta de par en par para que pasara una hormiga colorada, de falda larga roja y delantal de encaje. Traía en la cabeza una bandeja de plata, cubierta con una servilleta de papel.

—¿Qué desea? —indagó la niña llena de curiosidad.

—Quiero entregarle a la señora Condesa este regalo que le envía la reina de las hormigas.

—¿Condesa? —repitió Naricita frunciendo la frente—. ¿Cuál condesa, señora?

—La Condesa de las Tres Estrellitas —explicó la hormiga.

—¡Mmm! —dijo la niña, recordando que ella misma había «condesado» a la muñeca.

Se volteó hacia Emilia y le dio un codazo.

—¡Despiértate, piedra! El asunto es con Vuestra Excelencia.

Emilia se sentó en la cama. Se desperezó, atontada por el sueño. Y creyendo que todavía estaban conversando sobre el lenguaje de las hormigas, dijo en un bostezo:

—Entonces es… es porque soy…

—¡Ya no se trata de eso, idiota! La criada de una tal reina está buscando a una tal condesa. ¡Vamos! ¡Despiértate ya!

Sólo en ese momento Emilia se despertó de verdad. Vio a la hormiga con la bandeja y estiró los brazos para recibir el regalo. Eran unas croquetas, unas lindas croquetas tostaditas.

La muñeca sonrió de placer y orgullo. ¡La reina sólo la recordaba a ella!

—Dígale a Su Majestad que la Condesa de las Tres Estrellitas le agradece mucho el regalo. Dígale que las croquetas están lindas y que ella es una gran cocinera.

Naricita comenzó a reírse con ganas.

—¡Qué idea la tuya, Condesa! ¿Una reina puede ser cocinera?

Cayendo en la cuenta, Emilia vio que había cometido una falta muy grave entre las personas de la alta sociedad, llamada «metida de pata». E intentó corregirse.

—Mejor dígale que la cocinera es muy buena, ¿me entendió? Y dígale que las croquetas están deliciosas, mejor dicho… que deben estar deliciosas. Puede irse.

La criada saludó con la cabeza antes de retirarse, pero se detuvo por un gesto de la niña.

—No se vaya todavía —dijo ella. Y volteándose hacia Emilia: —Señora condesa, un regalo se paga con un regalo. Mándele a la tal reina una pata de ese zancudo que quemé con la vela antes de acostarme.

—¡Es verdad! —exclamó la muñeca. — No me cuesta nada y ella se va a poner contentísima.

Y se puso de rodillas a buscar al zancudo asado. Lo encontró, le arrancó una patica, la adornó con una cinta y, después de empacarla en un papel de seda, la puso en la bandeja con una tarjeta que decía así:

Para Su Majestad la Reina de la Cintura Fina, de la humilde criada
Condesa de ***

—Llévele este regalo a la reina, ¿sí? Y usted, para que se distraiga por el camino, váyase comiendo esta pata de zancudo —concluyó Emilia, dándole a la criada una patica de insecto.

La mensajera agradeció, retirándose muy satisfecha de la vida, con la bandeja en la cabeza y la pata en el aguijón.

Emilia cerró la puerta y se puso a examinar las croquetas. Las olfateó.

—¡Mmm! Están para que se nos haga agua la boca. ¿Quieres probar una, Naricita?

La niña torció la nariz con desprecio.

—¡Dios me libre! Te juro que la croqueta es de lombriz.

Al notar que ella hablaba así porque estaba celosa, la muñeca dijo para molestarla:

—Quien desprecia, comprar quiere…

—¡Tan graciosa!… —replicó la niña con aires despreciativos. Y al ver que la muñeca mordía una de las croquetas, con los mayores aspavientos del mundo, como si eso fuera un manjar del cielo, hizo chasquidos de asco.

—¡Estas apenas para casarte con Rabicó! ¡Comiendo croquetas de lombriz!

—¿Y qué tiene que sean de lombriz? —replicó Emilia—. Da lo mismo que sean de carne de lombriz o de cerdo, res o pollo, todo es carne. Y me llama mucho la atención que una señora, que ayer comió tripas de cerdo en la cena, haga esa cara de asco por una simple croqueta de lombriz.

—¡Vaya, Señora Condesa Lombricera! Cerdo es cerdo y lombriz es lombriz.

—¡Es «por eso» que yo como lombriz y no como cerdo! —replicó la muñeca victoriosa—. No soy una puerca.

La discusión continuó de esa manera. Mientras tanto el señor Rabicó olfateó las croquetas, llegó despacito y, viéndolas distraídas con la disputa, se las comió todas de un bocado. Al terminarse la discusión, la muñeca estiró el brazo para coger una segunda croqueta…

—¿Qué se hicieron las croquetas? —gritó ella.

¡Ni rastros! Emilia pateó con rabia, mientras que Naricita aplaudía de contento.



—¡Bien hecho! Estabas muy presumida, ¿no es cierto? ¡Pues ahí tienes!

—¿Quién fue?

—¿Quién más sino Rabicó? Vas a ver que está por aquí por el cuarto, escondido debajo de la cama.

Emilia buscó y de inmediato descubrió al ladrón en un rincón, gruñendo con la boca llena.

—¡Espera y verás! —gritó ella, cogiendo la escoba. Y —*¡pa, pa, pa!*— descargó el palo en el lomo del ladrón, mientras Naricita se revolcaba en la cama de la risa, pensando: «¡Si antes de casarse es así, imagínense después!».

Esto porque ella estaba alimentando la idea de casar a Emilia con Rabicó.

PEDRITO

Finalmente llegó el gran día. La víspera había llegado una carta de Pedrito para doña Benta que comenzaba así:

> Voy para allá el 6. Mándame el caballo a la estación y no se te olvide la fusta de cabo de plata que dejé colgada detrás de la puerta del cuarto de huéspedes. Naricita sabe. Quiero que Naricita me espere en el portón del campo, con Emilia y su vestido nuevo y Rabicó con la cinta en la cola. Y la Tía Anastasia que prepare uno de esos cafés con pastelitos fritos que sólo ella sabe hacer.

En vistas de eso, Naricita se levantó muy temprano a preparar la recepción siguiendo las instrucciones de la carta. Le puso a Emilia el vestido nuevo estampado y con pinticas rosadas y adornó a Rabicó con dos cintas, una en el pescuezo y otra en la punta de la cola.

Pac, pac, pac… Pedrito apareció en el portón, trotando en el jamelgo, congestionado por el sol y alegre como un pajarito.

—¡Viva! —gritó la niña, corriendo a sostenerle las riendas—. Apéate rápido, señor doctor, ¡que tenemos mil cosas que conversar!

Pedrito se apeó, la abrazó y no resistió la tentación de abrir allí mismo el paquete de los regalos para sacar el de ella.

—¡Adivina que te traje! —dijo, escondiendo detrás de la espalda un paquete voluminoso.

—Ya sé —respondió la niña de inmediato—. Una muñeca que llora y abre y cierra los ojos.

Pedrito quedó decepcionado, porque justamente era lo que le había traído.

—¿Cómo adivinaste, Naricita?

La niña se rio con ganas.

—¡No es gran cosa! Lo adiviné porque te conozco. Debes saber, bobo, que las niñas son mucho más talentosas que los niños…

—¡Pero no tienen más músculos! —replicó él con orgullo, haciendo que ella palpara la dureza que la gimnasia escolar había desarrollado en sus bíceps. Y concluyó: —Con estos músculos y tu talento, Naricita, ¡quiero ver quién puede con nosotros!

Los regalos de los demás también fueron distribuidos allí mismo. Rabicó recibió una cinta nueva, de seda, y los restos de la merienda que Pedrito había traído (y eso fue lo que él más apreció). Emilia recibió un juego de cocina completo: estufita de lata, ollas y hasta un rodillo para amasar.

—¿Y a la abuela qué le trajiste? —preguntó Naricita.

—Adivina, ya que eres tan adivinadora —dijo él.

—Yo sólo adivino cuando eres tú quien escoge los regalos. Pero apuesto que el regalo para la abuela no fuiste tú quien lo escogió, fue la tía Antoñita…

Por segunda vez Pedrito abrió la boca. Esa prima, a pesar de vivir en el campo, se estaba volviendo más inteligente que todas las niñas de la ciudad.

—Tienes razón. Así es. El regalo de la abuela, mi mamá fue quien lo escogió y compró. Tienes que enseñarme el secreto para adivinar las cosas, Naricita…

En ese momento doña Benta apareció en el porche y Pedrito corrió a abrazarla.

En pocos minutos todos estaban reunidos en el comedor, oyendo noticias e historias de la ciudad. La tía Anastasia trajo de la cocina el recipiente con la masa para no perderse ni una sola palabra al mismo tiempo que iba enrollando los pastelitos. De repente, una brisa sopló más fuerte y se oyó un crujido —*ñem, ñem…*

Pedrito interrumpió la charla, prestando oído atento.

—¡El mástil de San Juan! —murmuró embelesado—. ¡Cuántas veces en el colegio me ilusioné con los crujidos de las puertas, imaginándome que era la bandera de nuestro mástil!… ¿Cómo está?

—Está desgastado por las lluvias y con una rasgadura en la bandera encima de la cabeza del carnerito —respondió la niña.



El día de San Juan era el gran día de fiesta en la Finca del Pájaro Carpintero Amarillo. Ahí se reunían todos los niños de los alrededores para soltar globitos y salvas y danzar en torno de las hogueras. Pedrito jamás faltó a esa fiesta anual, y jamás dejó de quemarse un dedo. Un año en el que no se quemó, el dedo quedó muy sorprendido.

En el último tiempo Pedrito era quien pintaba el mástil, empeñándose mucho en formar arabescos de todos los colores, y cada año con un estilo diferente. También era él quien aportaba la bandera con el retrato de San Juan niño, con una cruz al hombro y el cordero en los brazos. La traía de la

ciudad, después de recorrer todas las casas de negocios para comprar la más bonita.

—Está bien —dijo doña Benta luego de enterarse de las principales novedades—. Puedes irte a jugar con Naricita que tiene un mundo de cosas que contarte.

Los dos primos se dirigieron al huerto dando volteretas. Era allí, debajo de los viejos árboles, donde intercambiaban confidencias y planeaban las grandes aventuras por el mundo de las maravillas.

El asunto del día fue el extraordinario caso de la muñeca.

—¡Parece increíble! —decía Pedrito—. Cuando recibí tu carta contándome que Emilia hablaba, no quise creerlo. Pero hoy veo que sí habla y lo hace muy bien. ¡Es impresionante!

—Al comienzo —explicó Naricita— Emilia hablaba muy enredado y disparatadamente. Ahora ya está mejor, pero, aun así, cuando le da por hablar tonterías y ser insistente, nadie puede con ella. ¿Sabes que ya es condesa?

—¿Sí? ¿Condesa de qué?

—De las Tres Estrellitas que fue el nombre que ella misma escogió. Pero estoy con ganas de cambiárselo. Condesa es poco. Emilia merece ser marquesa.

—¿Marquesa de Santos?

—No. Marquesa de Rabicó.

—¡Es verdad!… ¡Podemos hacer de Rabicó un marqués y casarlo con Emilia!

—Exacto. He pensado mucho en ese arreglo e incluso ya se lo propuse a Emilia.

—¿Y ella aceptó?

—Emilia es muy vanidosa y pagada de sí. Pero yo sé manejarla. Cuando llegue la ocasión, buscaré la manera.

Cuando terminaron con el asunto de Emilia, comenzó el del Reino de las Aguas Claras. Naricita le contó la serie entera de esas maravillosas aventuras, despertando también en Pedrito unas ganas locas de conocer al príncipe-rey. No se sorprendió con nada como era su costumbre. ¡Tanto él

como Naricita encontraban que todo era tan natural! Sólo le extrañó que Pulgarcito hubiera huido de su pequeña historia.

—Eso sí no deja de intrigarme —dijo él — Si Pulgarcito se escapó es que su historia está anticuada. Si la historia está anticuada, tenemos que descartarla y crear otra. Hace mucho tiempo que tengo esta idea: hacer que todos los personajes huyan de las viejas historias para traerlos aquí a combinar con nosotros otras aventuras. Qué lindo, ¿no?

—¡Ni qué decirlo, Pedrito! —exclamó la niña pensativa.

—Qué no daría yo por jugar en esta finca con la niña de la Caperucita Roja o con Blanca Nieves…

—¡Me gustaría tener acá a Aladino el de la lámpara maravillosa para quitarle su altivez! — agregó Pedrito, que había llegada de la ciudad con aires de valentía.

—Yo sólo querría a Caperucita. Siento tanta simpatía por esa niña… Esos pasteles que solía llevarle a la abuela y que el lobo se comió; qué ganas de comerme uno de esos pasteles.

Una voz conocida vino a interrumpirlos:

—¡Naricita! ¡Pedrito! El café está en la mesa.

—¡Dudo que sean mejores que los de la tía Anastasia! —dijo el niño levantándose.

Y corrieron hacia la casa.

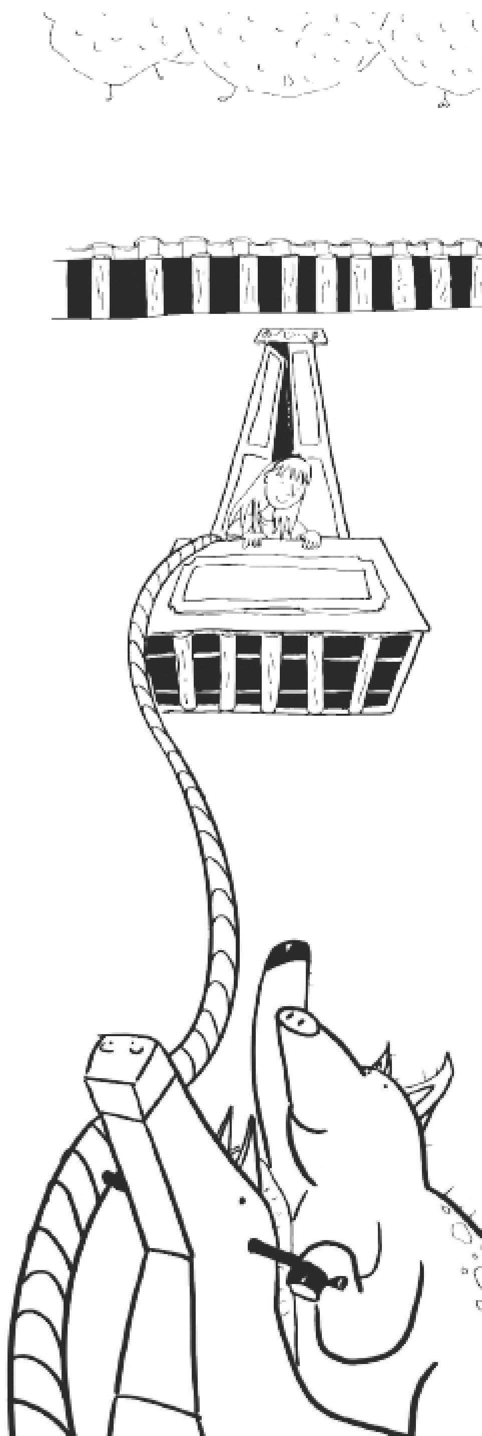
EL VIAJE

Esa noche se acostaron bien tarde. El niño tenía tantas cosas para contarle, cosas de la casa de doña Antoñita y de la escuela, así que sólo hasta las once se fueron para la cama. ¡Qué sueño tan agradable! Mejor dicho, agradable hasta un cierto momento. De ahí en adelante pasaron muchas cosas.

Naricita estaba precisamente en medio de un lindo sueño cuando se despertó sobresaltada, con unos golpecitos de bastón en el vidrio —*pen, pen, pen*—. Y justo en seguida oyó la voz del marqués de Rabicó que le decía:

—El sol no tarda en salir, Naricita. Salta de la cama que son horas de partir.

Cuando llegó a la ventana, vio al marqués montado en un caballito de madera que la estaba esperando.



—¿Y la Condesa? ¿Ya está lista? —preguntó la niña.

—La Señora Condesa ya está allá abajo, corcoveando en el caballo Pampa.

—Pues entonces que me ensillen el caballo. En un dos por tres me visto.

Mientras que por órdenes del marqués ensillaban el caballo, la niña se ponía su vestido rojo de bolsillos. Necesitaba los bolsillos para llevarse los pastelitos de la tía Anastasia que habían sobrado de la víspera y también para traer cosas del reino de las Abejas.

Porque precisamente ellos iban para el reino de las Abejas, invitados por la reina. ¿Reino de las Abejas o de las Avispas? Aún no estaban seguros. La víspera había llegado un avispón mensajero con la siguiente invitación:

> *Su Majestad la Reina de las... tiene el honor de invitarlos a visitar su reino.*

Como el papelito estaba rasgado en un punto, había dudas de si la invitación era de la reina de las Avispas o de la reina de las Abejas.

Naricita respondió a la invitación a través de un mariposograma. ¿No saben qué es? Una invención de Emilia. Como no había telégrafo en ese lugar, la muñeca tuvo la idea de mandar la respuesta escrita en las alas de una mariposa. Agarró una mariposa azul que iba pasando y garabateó en su ala, con una espina, lo siguiente:

Naricita, la Condesa y el Marqués agradecen el honor de la invitación y prometen no faltar.

—¿Por qué no incluiste el nombre de Pedrito, Emilia? —preguntó la niña.

—Porque él no es noble. ¡Ni siquiera aun es barón!

Tan pronto se fue el mariposograma, surgió un problema. ¿A quién se le dirigía? ¿A la reina de las Avispas o a la de las Abejas?

—Ya resuelvo el asunto —dijo Emilia, y soltó la mariposa con estas palabras: —Te vas directo, ¿bueno? Nada de distraerte con flores por el camino.

—¿Ir hacia dónde? —preguntó la mariposa.

—A la casa de tu suegro, ¿oíste? ¡Mal criada! ¡Cómo te atreves a hacerle preguntas a una condesa!

—Pero… —comenzó a decir la mariposa humildemente. Sin embargo, Emilia la interrumpió con un grito.

—¡Vete ya! No admito ninguna observación. Debes saber cuál es tu lugar, ¿entendiste?

La mariposa se fue, amedrentada y abatidísima.

—¡Pareces loca, Emilia! —agregó Naricita—. ¿Ella cómo puede saber la dirección si tú no le diste ninguna?

—¡Claro que sabe! —replicó la muñeca—. Son muy sabidas las señoras mariposas. Si saben fabricar polvo azul para sus alas, que es una cosa dificilísima, ¿cómo no han de saber la dirección de un mariposograma?

Naricita hizo cara de quien dice: «¡Nadie puede entender cómo funciona la cabeza de Emilia! A veces raciocina muy bien, como si fuera una persona. Otras veces, es así, tan retorcida que enreda a una persona…».

El caballo llegó, la niña se montó y todos se fueron por la carretera —*pac, pac, pac*—. En cierto momento Naricita le dijo a la muñeca:

—¿Vamos a apostar carreras?

Emilia aceptó, muy irritada.

—¡Vamos, entonces!

Emilia —*¡arre, arre!*— fustigó al caballito pampa, saliendo en un galope loco. Naricita, sin embargo, no se movió del lugar. Lo que quería era quedarse a solas con el Marqués de Rabicó para sostener una conversación reservada: su matrimonio con la Condesa.

—Pero al final de cuentas, marqués, ¿quiere o no quiere casarse con la Condesa?

—Ya dije que sí, mejor dicho, me casaré si la dote es buena. Por ejemplo, si me dan dos cargas de maíz, me casaré con quien quieran, con la silla, con el balde de agua, con la escoba. Nunca fui exigente en materia matrimonial.

—¡Goloso! ¡Pues mire que va a tener un matrimoniazo! Emilia es fea, no lo niego, pero muy buena ama de casa. Sabe hacer de todo, incluso huevos hilados, que es el dulce más complicado. Qué pesar que sea tan debilucha…

—¿Débil? —exclamó el marqués admirado—. No me parece. Tan gorda que está…

—Se equivoca. Emilia, desde que se cayó en el agua y casi se ahogó, pareciera que quedó con el hígado desajustado. Y esa gordura no es grasa, no señor, ¡son hojas! Emilia lo que está es inflada. La semana pasada la tía Anastasia la rellenó de más hojas.

El marqués pensó para sus adentros: «¡Qué lástima que no la hayan rellenado de harina de maíz!», pero no tuvo la valentía de decirlo en voz alta, y se limitó a exclamar:

—¡Pues pensé que era tocino del bueno!

—¡Qué esperanzas! Tocino del bueno hay aquí —dijo la niña tocándole el lomo—, ¡del que sale un chicharroncito delicioso! —y se relamió los labios, haciéndosele agua la boca—. Afortunadamente el día del Año Bueno está próximo…

El Día del Año Bueno era el día del lechón asado en la finca, pero Rabicó no sabía eso.

—¿Día del Año Bueno? —repitió él sin comprender nada—. ¿Qué tiene eso que ver con mi tocino?

—¡Nada! Es una cosa que yo sé y que no es asunto suyo —respondió la niña guiñando el ojo.

Y así, con esas palabras, alcanzaron a la condesa, que estaba allá adelante, furiosa con el engaño.

—¡No me pareció nada gracioso! —fue diciendo Emilia después de que la niña llegó—. Ni me parece que sea de una princesa.

Emilia sólo la trataba de princesa en las peleas.

—Emilia, ¡pues a mí me parece graciosísimo tu enojo! Tu cara se parece a la de esa tetera vieja de té, con ese pico…

Pero todavía furiosa, Emilia se sacó la lengua y dándole un fustigazo al caballito siguió adelante, refunfuñando alto:

—¡Princesa!… ¡Una princesa que aún recibe palmadas de Doña Benta y regaños de la negra trompuda! Y se da unos aires… ¡Antipática!

Puras calumnias. Naricita ni recibía palmadas o regaños, ni se daba aires. Emilia, sí…

El asalto

En ese momento los matorrales crujieron a la orilla de la carretera. Los caballitos se asustaron y corcovearon.

—¡La pandilla Chupa-Huevo! —gritó Emilia aterrorizada, alzando los brazos como en las películas de cine. Naricita también se puso pálida y buscó agarrarse instintivamente al marqués de Rabicó. Pero el marqués ya había saltado en el suelo y desaparecido…

—¡El bolso o la vida! —amenazó el jefe de la pandilla apuntando el trabuco.

Naricita se puso a temblar, miró hacia él y frunció la frente. «¡Yo conozco esta cara!», pensó para sus adentros. «Es Tom Mix, ¡el gran héroe del cine!… Pero ¿quién habría dicho que ese famoso *cauboi* tan simpático, habría de acabar así de jefe de una pandilla de lagartos?…».

—¡El bolso o la vida! — repitió Tom Mix, con hosquedad.

—No tenemos bolso, señor Tom Mix —dijo la niña—, pero aquí tengo unos pastelitos muy sabrosos. ¿Quiere uno?

El bandido cogió el bizcocho y lo probó.

—¡No me gusta el bizcocho trasnochado! —respondió escupiendo hacia el lado. ¡Quiero oro de verdad!

Tan pronto él mencionó el oro, Naricita tuvo una idea genial.

—Perfecto, señor Tom Mix. Le voy a dar un montoncito de oro puro, del bien amarillo. Pero me tiene que prometer varias cosas…

—Le prometo lo que quiera —replicó el bandido, ahora más amable con la idea del montoncito de oro.

—Entonces pase para acá su alforja y otra tijerita.

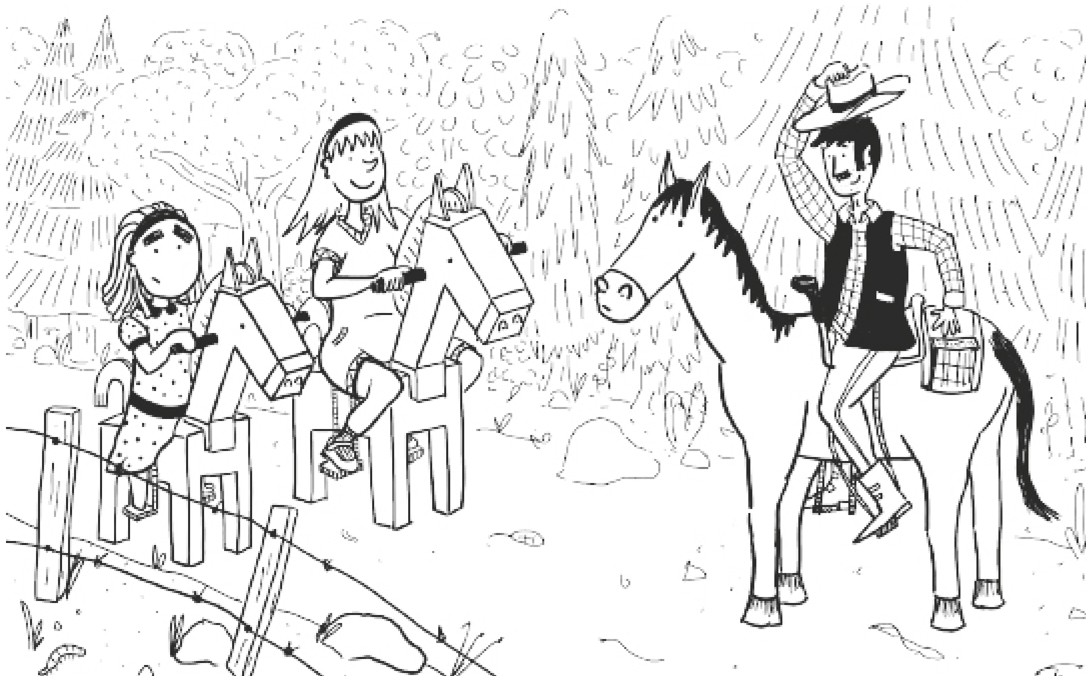
Sin entender nada, Tom Mix le dio lo que ella le pedía. Entonces, Naricita llamó aparte a Emilia y le susurró al oído cualquier cosa. A la muñeca no le gustó lo que le dijo, pues dio una patada y exclamó:

—¡Nunca! ¡Antes muerta!

Sin embargo, Naricita le insistió tanto que Emilia terminó cediendo, entre sollozos y suspiros de desesperación. Después alzándose la falda hasta las rodillas, estiró una de las piernas sobre el regazo de la niña. Ella, muy seria, como quien realiza una operación importantísima, le descosió la costura del centro de la pierna y desocupó toda la hierba del relleno en la alforja de Tom Mix. En seguida se levantó y le dijo:

—¡Aquí tiene su alforja rellena de hierba de oro!

—Muy bien —respondió el bandido con los ojos brillantes de codicia —. Niña, ahora queda libre, y de ahora en adelante tiene en mí a su más devoto servidor. En los momentos de peligro sólo basta que grite: «¡Mix, Mix, Mix!» y apareceré de inmediato a salvarla.



La saludó con el sombrero de ala ancha y se retiró, seguido de sus lagartos.

Al verlos desaparecer a lo lejos, a Naricita le volvió el alma al cuerpo.

—¡Uf! —exclamó—. ¡Nos escapamos de una buena! Continuemos nuestro viaje, Emilia —y trató de montarse de nuevo.

Uno, dos, tres, ¡upa! Y se montó. Emilia también: uno, dos, tres… ¡y nada! No logró montarse.

—¡Ay! —gimió sacudiéndose la piernita saqueada—. ¡No puedo caminar, ni montarme con esa pierna vacía!…

A pesar de lo triste de la situación, Naricita soltó una risita.

—¡Malvada! —exclamó Emilia llorosa—. Te salvé de la muerte a costa de mi pobre pierna y me la pagas riéndote de mí.

—¡Perdóname, Emilia! Reconozco que me salvaste, pero no sabes cómo se ve de cómica esa pierna vacía… Lo mejor es que te montes conmigo en la grupa del caballo, bien agarradita. Dame la mano. ¡Upa!

Con cierta dificultad logró acomodarla en la grupa del caballito, y le recomendó que se agarrara muy bien pues iba a galopar.

—¡Tranquila Naricita, que no me arrancan de aquí ni con pinzas! —respondió Emilia.

La niña golpeó con la fusta al caballo y partió al galope levantando nubes de polvo —*¡pa-la-la, pa-la-la!*— Y dijo de repente:

—¿Qué pasó con el marqués? —preguntó Emilia mirando hacia atrás.

Naricita detuvo el caballo.

—¡Es verdad!… Ese cobarde se portó como tal y las cosas no se pueden quedar así. Me vengaré, y ya mismo, ¿quieres ver?

Se volteó hacia los matorrales y gritó:

—¡Mix, Mix, Mix!

Inmediatamente Tom Mix apareció delante de ella.

—Amigo Tom Mix —dijo Naricita—, fui cobardemente traicionada por el señor marqués de Rabicó, un cobarde que al vernos en peligro sólo se preocupó por él mismo y huyó a toda carrera. Quiero ser vengada ya mismo, ¿me entiende?

—¡Seréis vengada, gentil princesa! —dijo Tom Mix extendiendo la mano como quien hace un juramento—. Pero ¿de qué manera quieres ser

vengada, princesa?

Naricita respondió después de pensar durante algunos instantes:

—Mi venganza tiene que ser esta: quiero almorzar mañana un guiso de fríjoles con chicharrón, pero chicharrón del marqués, ¿me comprendes?

—Vuestros deseos serán cumplidos, ¡gentil princesa! —dijo el bandido, inclinándose con la mano en el pecho y desapareciendo.

—¡Pobre Rabicó! —exclamó Emilia compungida.

—¡Qué pobre ni qué nada! Rabicó se merece una buena reprimenda. Le voy a dar una lección que le va a servir para toda la vida. Nunca más nos podrá hacer otra…

Tom Mix

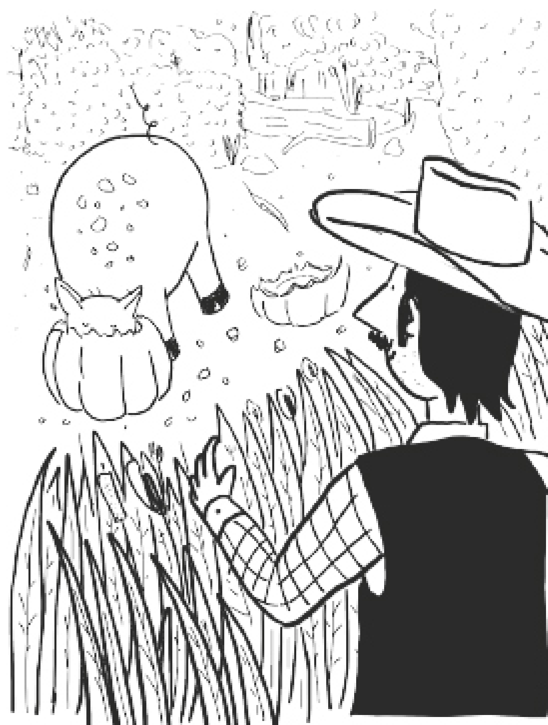
Tan pronto dejó a la niña, Tom Mix regresó al lugar del asalto, con el fin de seguirle la pista a Rabicó. De inmediato descubrió sus rastros en la tierra húmeda y los fue siguiendo hasta la selva. Allá se guio por las hierbas aplastadas y otros indicios que él fue dejando en la fuga. Y caminó, caminó, caminó hasta que de repente oyó un ruido sospechoso.

«¡Es él!», pensó Tom Mix mientras se agachaba, paso a paso, sin hacer el menor ruido, se aproximó del lugar de donde salía un ruido sospechoso. Espió con sigilo. Ahí estaba el marqués —*ron, ron, ron*— con la cabeza metida dentro de una calabaza muy grande, tan entretenido en devorársela que no notó la presencia del terrible vengador.

Tom Mix se fue aproximando, se fue aproximando y, de repente… —*¡Ñoc!*— agarró al marqués por una pierna.

—*¡Oinc! ¡Oinc! ¡Oinc!* —gruñó el ilustre hidalgo.

—Le pido perdón a Vuestra Excelencia —dijo Tom Mix con ironía—, pero estoy cumpliendo órdenes de la señora princesa Naricita Impertinente.



—¿Qué es lo que Naricita quiere de mí? —gimió Rabicó desconfiado.

—Poca cosa —respondió el vengador—. Sólo unos chicharroncitos para acompañar el cocido de fríjoles de mañana…

—*¡Oinc! ¡Oinc! ¡Oinc!* —gimió el marqués cuando comprendió todo.

E imploró con gotas de sudor frío en el hocico:

—¡Apiádese de mí, señor bandido! Tenga consideración conmigo, que le daré esta calabaza y otra más grande que escondí allá adelante…

Parece que a Tom Mix no le gustaba la calabaza. Se limitó a sacar el cuchillo y a pasárselo por el cuero de la bota como si lo estuviera afilando. Dándose cuenta de que estaba perdido, Rabicó tuvo una idea.

—Señor bandido, ¿me podría dar un obsequio?



—Dígame qué es —respondió Tom Mix pausadamente, sin dejar de afilar el cuchillo.

—Quiero que me conceda cinco minutos de vida. Necesito hacer mi testamento y confiarle mis últimas palabras a esa pequeña libélula que va pasando por acá.

Tom Mix le concedió los cinco minutos. Rabicó llamó a la pequeña libélula.

—Amiga, te daré un lindo lago azul en donde podrás volar la vida entera, si me haces un pequeño favor.

—Dime cuál favor —respondió la pequeña libélula, posándose delante de él.

—Llevarle una carta a la princesa Naricita, que debe estar en el reino de las Abejas.

—Con mucho gusto.

Rabicó hizo la carta rápidamente y se la entregó. La pequeña libélula la cogió con el aguijón y —*¡zzzit!*— se fue para allá, veloz como el pensamiento. Tan pronto la vio irse, Rabicó dio un suspiro de alivio, murmurando en voz alta:

—¡Valor, Rabicó, tu día no llegará tan temprano!

—¿Qué es lo que está gruñendo, señor Marqués? —preguntó el verdugo.

Rabicó se hizo el disimulado.

—Estoy pensando en su valentía, señor Tom Mix. Está así de orgulloso porque dio conmigo, que soy un pobre de nada. ¡Me gustaría verle la cara si Lamparón se aparece por acá con sus cincuenta bandoleros!

—¿Si tengo miedo de los lamparones o de las lamparitas? El marqués no me conoce. Dígame: ¿acostumbra a ir al cine?

—Nunca. Pero sé de qué se trata.

—¡Si no conoce el cine, no puede hacerse ideas sobre mi formidable heroísmo! No hay ni una sola película en la que me derroten, sea quien sea. ¡Siempre venzo! ¡Soy muy hábil!…

Rabicó lo miró por el rabillo del ojo, pensando para sus adentros: «Usted lo que es, es un grandísimo farsante». Sólo lo pensó, no lo dijo. Ese cuchillo le cortaba la voz…

LAS MULETAS DEL ESCARABAJO

Mientras Rabicó sudaba el sudor de la muerte en las garras de Tom Mix, Naricita y Emilia llegaban al palacio de las Colmenas, desde donde varios zánganos salieron a recibirlas con gentiles cortesías.

—¡Bienvenida, princesita de la Naricita Impertinente! —exclamaron ellos, inclinándose.

—¡Gracias! —respondió la niña, dándoles la mano para que se la besaran—. Recibí una invitación de la reina, pero estoy en la duda de si fue de la Reina de las Abejas o de la Reina de las Avispas. Me presenté aquí para saber…

—La invitación fue de la reina de las Abejas —dijo uno de los zánganos—. Fui yo mismo quien la redactó. La reina de las Avispas está furiosa con la niña por haber matado a una de sus súbditas.

—¿Ves, Emilia, de la que nos escapamos? —cuchicheó Naricita—. Si nos hubiéramos equivocado de camino e ido a parar en la tierra de las Avispas, con seguridad nos habrían matado a aguijonazos… —Y

volteándose hacia los zánganos—: Permítanme señores que les presente a la Señora Condesa de las Tres Estrellitas. Esta ilustre dama fue víctima de un desastre en el camino y no logra caminar sin apoyo. ¿Alguno de ustedes podría conseguirle un par de muletas?

—Sí podemos, pero antes deberá consultar al gran médico que por casualidad se encuentra aquí, proveniente del Reino de las Aguas Claras.

—¿El doctor Caramujo está aquí? —exclamó la niña con mucha alegría—. ¡Lo conozco mucho! Llámenlo rápido.

Los zánganos partieron raudos, regresando instantes después en compañía del doctor Caramujo, quien, reconociendo a la niña y a la muñeca, las saludó respetuosamente.

Después se puso los anteojos para examinarle la pierna a Emilia.

—¡Es grave! —exclamó—. La señora condesa está sufriendo de una anemia herbácea en el pernil barrigoide izquierdo. Es un caso muy serio.

—¿Doctor, y qué le receta? ¿Píldora de sapo otra vez? —indagó la niña.

—Esta enfermedad —explicó el gran médico— sólo puede sanarse con un régimen de superalimentación local.

—Alimentación herbácea, yo lo sé —dijo la niña riéndose de la ciencia del doctor—. La Tía Anastasia sabe aplicar ese remedio muy bien. Ella, en dos minutos, con un poco de hierba y una aguja enhebrada cura a Emilia para el resto de la vida.

—¡La Tía Anastasia! —exclamó el médico escandalizado—. ¡Con seguridad es una curandera vulgar! ¡Hierba! ¡También será alguna hierbita vulgar! ¡Oh, santa ignorancia! ¡Me sorprende ver a una princesa tan ilustre que desprecia así la ciencia de un verdadero discípulo de Hipócrates, y que entrega a la condesa para que la cuide una insignificante curandera!…

—¿Curandera insignificante? —exclamó la niña indignada—. ¿Entonces le dice a Anastasia que es una curandera insignificante? Si le tiene algún aprecio a su cabeza, retírese, señor Cascudo, antes de que le haga lo que le hice a la tal doña Cucarachita. ¡Curandera insignificante! ¿Emilia, ya viste semejante descaro?

El Doctor Caramujo metió el rabo entre las piernas y desapareció.

Naricita todavía estaba hablando sobre el descaro cuando aparecieron los zánganos que habían salido en busca de las muletas.

—Aquí en el palacio no hay muletas, señora princesa, pero afuera acostumbra a andar por ahí un escarabajo cojo que tiene dos. ¿Quiere ir hasta allá con nosotros?

Naricita fue. Tres esquinas más adelante se encontraron con el escarabajo mendigo, con el sombrero en la mano a la espera de limosnas. La niña ya la estaba ofreciendo un pedacito de torta cuando el mendigo preguntó:

—¿Ya no me reconoces?

La niña lo miró fijamente con atentos ojos.

—¡Sí!… ¡Te estoy reconociendo!… ¿No fuiste tú el que allá a la orilla del arroyo te paseaste por mi cara y me arrancaste un manojo de pelos de la ceja?

—¡Así es! —confirmó el escarabajo—. Por cierto, a causa de ese estornudo, tuve una mala caída y quedé lisiado de por vida.



Apesadumbrada por su desgracia, Naricita lo puso en el bolsillo y dijo:

—Quédate quietico ahí y diviértete con esos bizcochos. Voy a llevarte a la finca de mi abuela, en donde podrás vivir una vida tranquila sin que tengas que pedir limosna.

Después, cogió sus muleticas y se las dio a la muñeca.

—Acomódate rápido con eso, Señora Condesa de la Pierna Vacía, que la hora de la audiencia está próxima.

Y, precedidas por los zánganos, las dos entraron de nuevo al palacio.

Añoranzas

Ya estaba lleno el palacio, no sólo de personajes del reino de las Abejas sino también de muchos otros reinos, inclusive el de las Aguas Claras. Naricita dio un vistazo buscando a algún conocido. Ahí mismo vio al Mayor Agarra.

—¡Qué bueno verlo, Mayor! —exclamó, dirigiéndose a él con alegría —. ¿Cómo están todos por allá?

Antes de contarle las noticias, el sapo le demostró una vez más su gratitud por lo que ella había hecho por él, y también se disculpó por no haber aparecido en la finca de doña Benta, como se lo había prometido. Después le contó que el príncipe estaba cada vez más taciturno.

—¿Todavía no se ha casado?

—Ni se va a casar. Ha rechazado la mano de las princesas más bellas del reino. Todos dicen que él sufre de una pasión oculta. Ama a alguien que no le hace caso, eso es lo que pasa.

El corazón de la niña palpitó con más rapidez.

—¿Allá no dicen quién es esa a la que él ama?

—Doña Araña Costurera sabe quién es, pero guarda muy bien guardado el secreto. Es una señora muy discreta.

—Y el bufón de la corte, ¿ese gigante DedoÍndice?

—Nunca más lo hemos vuelto a ver. Con seguridad tuvo el mismo final de Carlito Pirulito…

Naricita reflexionó durante unos instantes. Después dijo:

—Mire, no se le olvide cuando regrese de decirle al príncipe que me vio y que estoy bien, gracias. También dígale que cualquier día de estos

recibirá una invitación para que venga con toda su corte a pasar unas horas conmigo en la finca de mi abuela, ¿sí?

El Mayor prometió no olvidarse del mensaje. E iba a decir algo más, cuando entró una libélula mensajera y lo interrumpió.

—¡Hola princesa! —exclamó ella.

—¡Hola! —replicó la niña alzando las cejas—. ¿Traes algún mensaje para mí?

—Traigo una carta de un ilustre marqués. Aquí está.

Naricita tomó la carta y leyó:

Le pido perdón por mi kovardía. Tom Mix stá aquí afilando el cuchhillo para mattarme. Tenga ppiedad de este infeliz, que se suscribe, con perdón, como un criado amigo, gracias.
Rabico.

—¡El estilo, la letra, la ortografía y la gramática, ahí está pintado él! Esta nota corresponde a un retrato perfecto de Rabicó, o mejor Rabico, sin tilde, como él firma. ¡Grandísimo sinvergüenza!

Y volteándose hacia la libélula:

—¿Dónde está él?

—En el corral de los Tucanes Rojos, allá en la tierra de los grandes lagartos. Me prometió un lindo lago azul en pago por mi trabajo de traerle esta carta.

Naricita no pudo dejar de sonreír, pensado para sus adentros: «¡Siempre es lo mismo! ¿Rabicó en dónde ha visto un lago azul?». Pero no quiso desilusionar a la mensajera, pues necesitaba de sus servicios para enviar la respuesta. Garabateó una notica a toda carrera.

—Llévale esta nota a Tom Mix lo más rápido posible, ¿sí? Y, no te preocupes con formalidades cuando quieras ir a la finca de mi abuela, ¿oíste? ¡Vete, vete!…

La libélula hizo vibrar sus alas y —*¡zuct!*— desapareció. Voló rápida como el pensamiento. Llegó al corral de los Tucanes Rojos en el instante en

que se estaban agotando los cinco minutos que le habían concedido a Rabicó y el verdugo le decía, alzando el cuchillo:

—Está acabándose el plazo. ¡Le llegó su hora, Marqués!

Pero Tom Mix tuvo que interrumpir el encargo. La libélula se sentó justo en la punta de su nariz, con la nota en la trompa. Al darse cuenta, Tom Mix tomó la nota y leyó. Era una orden de perdón para Rabicó.

—¡Tiene mucha suerte, Señor Marqués! —dijo él, metiendo el cuchillo en la vaina—. La princesa le perdona su crimen y le conmuta la pena de muerte por otra más leve —y le pegó una tremenda patada.

—¡Uf! —exclamó Rabicó después de verse libre de peligro—. ¡Me salvé! Una patada de un bruto como este no es nada agradable, pero aun así debe ser mil veces preferible a sus cuchilladas…

Después indagó mirando a la mensajera:

—¿En dónde está la Princesa?

—En el reino de las Abejas.

—¿Y la Condesa?

—Allá también, en un rincón, muy triste con sus muletas.

—¿Muletas? —repitió Rabicó sin entender nada—. ¿Será que se cayó del caballo?

—No sé, no tuve tiempo de preguntar.

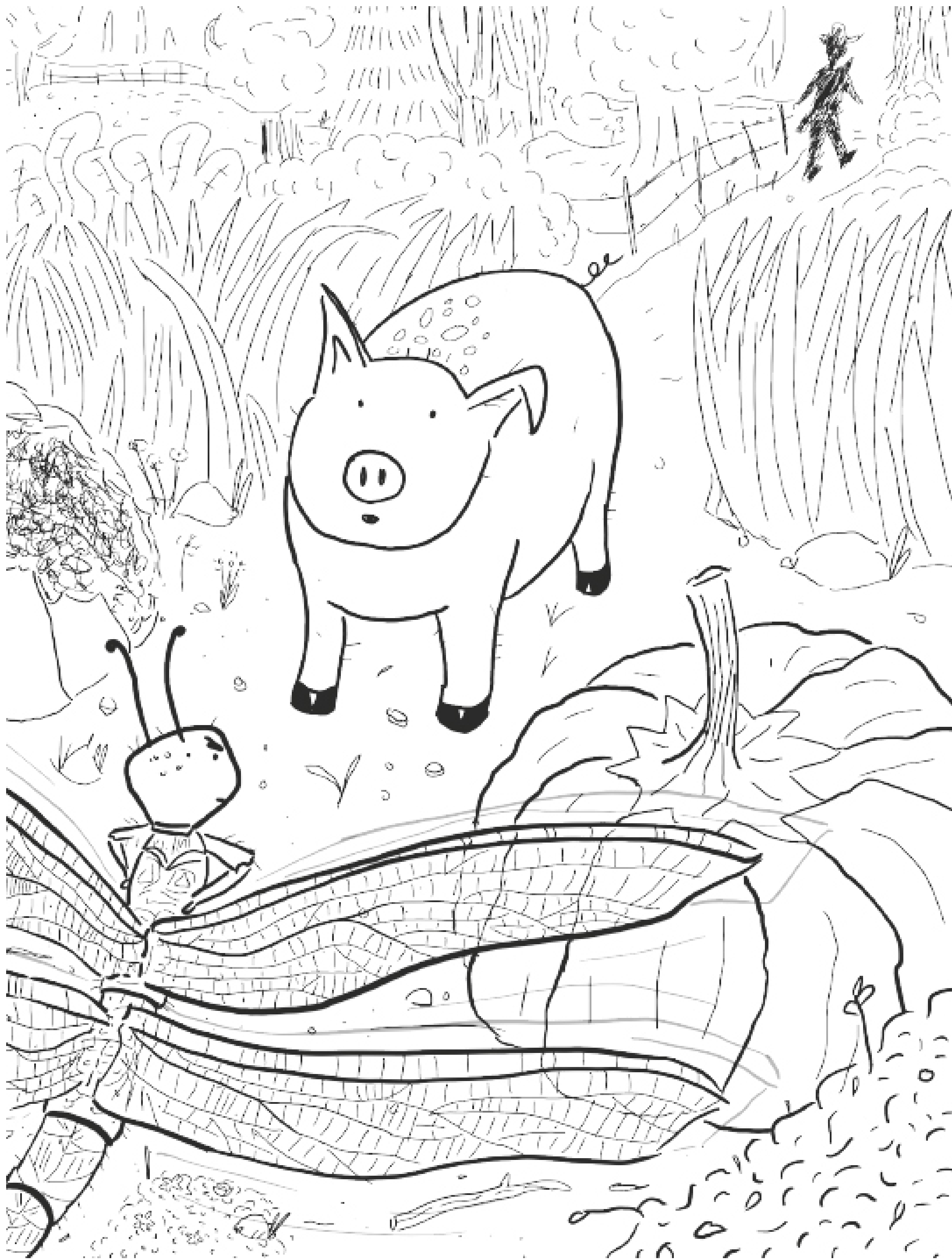
Rabicó se quedó pensativo por algunos instantes. Después dijo:

—Está bien. Puede irse. Que le vaya bien, muchas gracias.

La mensajera arrugó la nariz.

—¿Y mi lago azul?

Rabicó, que tenía muy mala memoria para sus promesas, hizo cara de sorpresa.



—¿Lago? ¿Qué lago?

—El lago azul que me prometió a cambio de llevar la carta…

—Ah, sí… Pero niña, ¿para qué quiere usted un lago y además un lago azul? Yo le prometí un lago, es cierto, pero pensándolo mejor vi que es un

regalo muy peligroso, pues usted puede morirse ahogada. Y en vez de eso me pareció mejor cambiar ese lago por esta semillita de calabaza. ¡Tome!

La libélula se puso furiosa.

—Muchas gracias, señor. Trato es trato. ¡Insisto en mi lago azul!

El Marqués se rascó la cabeza, avergonzado, lanzándole miradas golosas a la calabaza que se estaba comiendo cuando apareció Tom Mix.

—Vamos a dejar el asunto para mañana —dijo al fin—. Ahora no puedo; tengo mucho trabajo. Imagínese que Tom Mix me condenó a comerme esta calabaza enterita, a mí, un marqués que está acostumbrado a comer sólo dulces y jamones…

LA REINA

Mientras esto pasaba en el corral de los Tucanes Rojos, allá en el palacio de las Abejas, la niña le decía al oído a la muñeca:

—¿Te diste cuenta Emilia de cómo está de bien dispuesto este reino? ¡Una maravilla de orden, economía e inteligencia! Estuve en el cuarto de los niños. ¡Qué belleza! Cada uno con su cuna de cera, con las piernas y los brazos cruzados, todos tan puros, durmiendo un sueño plácido… Lo que más admiro es cómo las abejas saben aprovechar el espacio. Cómo saben economizar la cera, de tal modo que la colmena funciona como si fuera un reloj. Ah, si nuestro reino también funcionara así… Aquí no hay pobres ni ricos. No se ve un inválido, un ciego, un tuberculoso. Todos trabajan, felices y contentos.

—¡No! —contestó la muñeca—. El escarabajo está lisiado y pide limosnas.

—Un escarabajo no es una abeja, boba. Estoy hablando de las abejas.

—Y, ¿quién manda aquí? ¿Quién es el delegado? —preguntó Emilia.

—Nadie manda aquí, eso es lo más curioso. Nadie manda y todos obedecen.

—¡No puede ser! —exclamó la muñeca—. Quien manda debe ser la reina. Voy a preguntar —Y llamó a una abeja que iba pasando—. Hágame

el favor, señor abejita, de darnos una información. Al final de cuentas, ¿quién manda en este reino? ¿La Reina?

—¡No señora! —respondió la abeja—. Nosotros no tenemos gobierno, porque no necesitamos gobierno. Cada cual nace con el gobierno dentro de sí mismo, y sabe perfectamente lo que debe y lo que no debe hacer. En ese punto somos perfectas.

Naricita quedó sorprendida con esas ideas, y vio que era así tal cual. «¡Qué pesar que no sea igual para la humanidad!».

—Por la mañana salimos todas —continuó la abeja—, cada una por su lado, con el fin de recoger la miel de las flores y el polen. De eso es que nos alimentamos. Después, guardamos la miel en los panales. Si hay que hacer algún arreglo, cualquiera de nosotros lo hace sin que sea necesario que se lo ordenen. Si usted pasara algún tiempo aquí le gustaría tanto que después ya no se adaptaría más en el reino de los hombres.

—Pero, ¿y la Reina? —preguntó la niña—. Estoy cansada de esperar el momento de conocer a esa gran dama. ¡Debe ser linda, linda!…

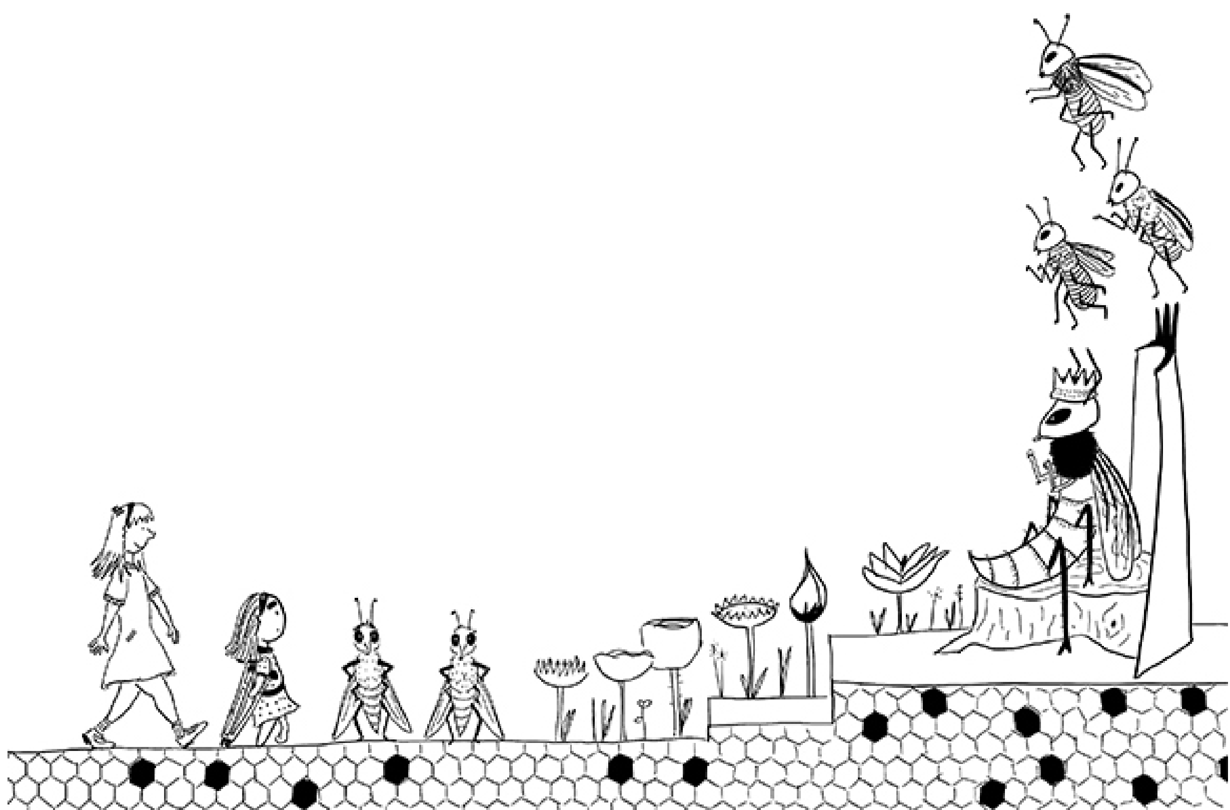
La abeja continuó:

—¿Usted piensa que nuestra reina es una dama engreída como las reinas de los hombres? Nada de eso. ¡Ni siquiera es reina! Son los hombres los que le dicen así. Para nosotros no pasa de ser una madre. Todas somos hijitas de ella, ¡todas, todas! Y la rodeamos de comodidades y cariños, sin nunca darle el más mínimo disgusto. Mire, niña, allá en el reino de los hombres acostumbran a hablar mucho de la felicidad, pero le aseguro que la felicidad sólo está aquí. Cada una de nosotras es feliz porque todas somos felices. ¡Allá no sé cómo alguien puede ser feliz sabiendo que hay tantos infelices a su alrededor!

Naricita y Emilia se pusieron tristes. Qué tristeza ser personas y no poder transformarse en abejas para vivir en una colmena de esas, toda la vida ocupadas en un trabajo tan lindo como ese de recoger la miel y el polen de las flores…

—Pero ¡la Reina, la Reina! —insistió la niña—. ¡Quiero que me presenten a la reina!

—Pues vamos allá —respondió la abeja—. Síganme.



Fueron allá. Después de atravesar varios compartimentos, llegaron a las habitaciones reales. Allá estaba Su Majestad en un trono de cera, conversando con varios zánganos engreídos y orgullosos (por lo menos así le pareció a la niña).

—¡Bienvenida sea! —saludó la Reina con una dulce voz maternal—. ¿Le ha gustado nuestra colmena?

—¡Mucho, Majestad! Es el reino más ordenado de cuantos he visto hasta ahora. ¡Estoy positivamente encantada!

—Mi reino es así —explicó la Reina— porque no es ningún reino, sino una gran familia en donde la buena madre general vive rodeada de todos sus hijos. ¿Ya recorrió la colmena entera?

—Ya vi una parte y todo me ha gustado, menos la cara de esos señores zánganos, que me parecen engreídos y orgullosos…

—Es que me están haciendo la corte. Todos los años escojo uno entre ellos para ser mi marido, y los otros…

—¡Ya sé! Los otros se casan con las otras abejas.

La Reina sonrió.

—¡No, niña! Los otros son condenados a muerte y ejecutados…

—¿Qué? —exclamó Naricita horrorizada—. Creo que eso es una crueldad, una verdadera mancha negra en la organización de las abejas.

—Pareciera, niña. Pero es la única manera. Como no saben trabajar y la naturaleza los hizo únicamente para que sean los esposos de la reina, las abejas no tienen la menor consideración con ellos después de que la reina elige a alguno para ser su esposo. Los destrozan y lanzan los cadáveres afuera de la colmena. Estas hijas mías consideran que el sentimentalismo no da buenos resultados en materia de organización social.

Naricita, cada vez más admirada de la inteligencia de la reina, le murmuró en el oído a la muñeca:

—¿Ves, Emilia? ¡Esto es lo que es hablar bien! Hasta se parece a ese filósofo que, a veces, lee la abuela, el tal Rou… Rousseau, creo.

En ese momento sonó de cerca un *trrrriin, trrriin* de esporas. Todos se voltearon. El cowboy dio un vistazo a la sala. Tan pronto vio a la niña, se dirigió hacia ella.

—¡Recibí el mensaje, princesa, aquí estoy a sus órdenes!

—¿Qué le pasó finalmente al marqués? — preguntó la niña con ansiedad, pues no sabía qué había sucedido—. Todavía está vivo o…

—¡Vivísimo, señora princesa! A estas horas ya debe estar atacando la segunda calabaza…

—¡Muy bien! —exclamó Naricita, aliviada de un gran peso—. Ahora quiero, señor Tom Mix, que me disponga unos burritos de carga para llevarle un poco de miel y cera a la abuela.

Tom Mix se retiró a cumplir la orden, mientras la niña se dirigía de nuevo a la reina.

—Señora Reina, ¿podrá Su Majestad darle la orden a su cocinera de que me dé un poco de miel a cambio de un centavo?

—Le daré la miel y la cera que quiera —respondió la reina sonriendo —; en cuanto al centavo, guárdelo para usted, que aquí entre nosotros no tiene ningún valor el dinero de los hombres. Allá, en esa sala de los panales, está el depósito de miel. Vaya y saque la cantidad que quiera.

La niña agradeció la amabilidad y se retiró hacia esa sala con la muñeca.

¡Todo tan bien arreglado! Potecitos de cera llenos de miel en cantidades, todos iguales, con tapitas también de cera.

—¿Quieren miel? —preguntó una abeja de delantal muy limpia que controlaba esa repartición.

—¡Sí señora, nosotras queremos! Miel y cera.

—¿De qué calidad?

—¿Hay de muchas calidades?

—Aquí tenemos miel de flores de naranjo, miel de flores de corozo de la finca de Doña Benta y tenemos miel de las mil flores, recogida de todas las flores del campo.

—Deme la de flores de corozo —resolvió rápidamente Naricita—. Y también un kilo de cera bien blanca, para la Tía Anastasia.

—¿Su criada es quien la acompaña? —preguntó la abeja señalando a la muñeca, mientras hacía los paquetes.

Emilia se enfureció, y se puso roja de cólera. Pero la niña salvó la situación.

—Esta señora no es mi criada sino la Excelentísima Señora Condesa de la Pierna Vacía, futura Marquesa de Rabicó.

La abejita pidió mil disculpas, y aún las estaba pidiendo cuando entró Tom Mix, al frente de una tropa de grillos arreados con yugos y barriles adecuados para cargar miel, y la interrumpió. Tom descargó los aparejos y esperó que la abeja mielera los llenara. Después los puso de nuevo sobre los yugos y pidió instrucciones.

—Espéreme en el portón del palacio con los caballitos listos que nosotras también ya nos vamos —le ordenó la niña.

El regreso

Todos estaban listos para el regreso, excepto Emilia. Naricita reflexionaba sobre su caso. Por fin le pidió la opinión a Tom Mix sobre el mejor medio de llevarla.

—Creo que tenemos que poner a la señora condesa dentro de uno de los barriles de miel.

—¡Qué disparate, Tom! ¡Emilia quedaría toda cubierta de miel!…

—Sí, pero hay uno vacío —respondió él—. Creo que allí irá más cómodamente que en la grupa del caballito.

Emilia hizo mala cara y protestó. La forma de tranquilizarla fue permitirle continuar delante de la tropa, para que pudiera «ver las cosas antes que los otros». En ella estaba naciendo ese espíritu interesado que la volvería célebre en los anales de los gitanos.

Se pusieron en marcha. Media legua más adelante Emilia se puso de pie dentro del barrilito y gritó:

—¡Estoy viendo una cosa extraña allá adelante! ¡Un monstruo con cabeza de cerdo y «pieses» de tortuga!

Todos miraron y verificaron que Emilia tenía razón. Era un monstruo de los más extraños que alguien se pueda imaginar. Tom Mix sacó el cuchillo y avanzó, diciéndole a Naricita que no se moviera de ahí. Cuando llegó más cerca se dio cuenta de qué era.

—¡No es ningún monstruo, princesa! ¡Se trata del señor marqués montado en una pobre tortuga! Viene azotando a la pobre, sin ninguna piedad.

Y así era. Rabicó le pegaba duro a la pobre tortuga y además de todo lo insultaba.

—¡Camina, monstruo! ¡Camina rápido, si no te clavo las espuelas hasta el alma! —gritaba él.

Naricita se indignó con eso. ¡Era demasiado! Al verla así, Tom Mix jaló el revólver y dijo:

—¡Si quiere, de un balazo hago apear a ese granuja!

—No es necesario —respondió ella—. Yo misma le daré una buena lección. Déjeme a mí el asunto.

En ese momento el marqués alcanzó al grupo, y ya estaba poniendo una cara alegre de sinvergüenza, cuando la niña lo confrontó, con el ceño fruncido.

—Bájate ya de la pobre tortuga, grandísimo…

Muy espantado con esa recepción, Rabicó fue apeándose, todo encogido.

—Y como castigo —continuó la Niña— quien ahora lo va a montar es la señora tortuga. ¡Vamos, señora tortuga! ¡Arree al marqués y móntese y métale la espuela sin piedad!

La tortuga así lo hizo, y tranquilamente, porque la tortuga no se apresura en ningún caso, le puso los arreos al cerdo, le apretó lo más que pudo la cincha, se montó muy despacio y —*¡arre, arre!*— lo azotó como quien le da una zurra a un burro bravo.

—*¡Oinc!, ¡oinc!, ¡oinc!* —gritaba el pobre marqués.

—¡Métele la espuela, tortuga! —gritaba la muñeca—. ¡Espuela para ese goloso que se comió mis croquetas!

—¡Y también unos buenos golpes por cuenta mía! —murmuró una voz suave en el aire.

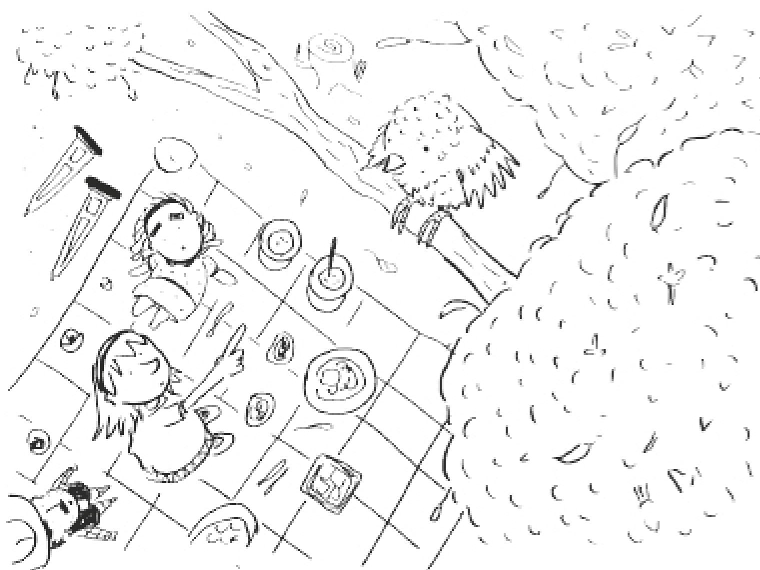
Todos subieron la mirada. Era la libélula engañada, que iba pasando, veloz como un relámpago.

El caso fue que aquel día Rabicó perdió al menos un kilo de peso y pagó al menos la mitad de sus pecados…

Después de ese incidente se pusieron de nuevo en marcha, sólo parando en una higuera de buena sombra, cerquita de la finca.

—¡La hora del almuerzo! —gritó Naricita, que estaba con un hambre tremenda. Desde que salió de casa sólo había comido los bizcochitos que había traído.

Se apearon. Extendieron en el suelo un mantelito. Tom Mix abrió dos barriletes de miel. Naricita buscó en el bolsillo a ver si aún encontraba algún pedazo de bizcocho. Ni siquiera encontró al escarabajo. ¡El ingrato se había escapado! Se pusieron a comer la miel pura, pues era el único alimento que había.



En lo mejor de la fiesta —*¡tzzsiu!*— un pajarito cantó en el árbol cercano. La niña subió la vista: era un canario.

—Emilia —dijo ella intrigada—, ¿no te parece que ese canario tiene un cierto aire a Pedrito?

—¡Mucho! ¿Y quieren ver que es él mismo?

—¡Pedrito! ¡Pedrito! ¡Ven acá, Pedrito! —gritó la niña, afligida.

El canario bajo del árbol y se vino a posar en su hombro.

—Entonces, ¿qué es esto, Pedrito? ¡Te dejo en la casa como una persona y te vengo a encontrar aquí convertido en ave!…

—Así es —dijo él—. Todos nos convertimos en aves allá en la casa.

—¿Cómo así? ¡Explícame eso! —gritó Naricita, ansiosa.

—Pues apareció por allá una vieja bruja, con una porra en la mano y una cesta en el brazo. «Niño!», me dijo ella, «¿acá es la casa en donde viven dos viejas en compañía de una niña de nariz impertinente, muy malcriada?». Me puse furioso con la pregunta y respondí: «Eso no es asunto suyo. Lo mejor es que siga su camino». «¿Ah sí?», exclamó ella. «¡Espera que te voy a curar!». Y me convirtió a mí en pajarito, convirtió a la abuela en tortuga y a la Tía Anastasia en gallina negra…

—¡Qué horror! —fue el grito que se le escapó a Naricita—. ¿Qué va a ser de nosotros ahora? ¡Ya sé quién es esa vieja! ¡No puede ser otra! Pues ella me dijo que se vengaría…

—¿Qué fue lo que pasó, princesa? —indagó Tom Mix, con la mano en el revólver.

—No sé, Tom, ¡si esta vez nos podrá servir! Usted es invencible, pero sólo de igual a igual. Contra una bruja hechicera, no sé… no sé… y le contó lo que había sucedido.

—Déjeme todo a mí, princesa, y no dude de mi capacidad para resolver situaciones complicadas. Siga su viaje que voy a dar una vuelta por los alrededores a ver si capturo a esa vieja. Le juro que la traeré a buen recaudo, para que deshaga el mal que hizo…

—¡Que así sea! —suspiró Naricita más animada. Y arriando al caballo se fue hacia la finca con el canario aún posado en el hombro.

¡Qué tristeza! Tan pronto Naricita se apeó en el corral, oyó a una gallina cacareando adentro.

—Es la tía Anastasia, ¡pobre!… —suspiró con el corazón apretado.

Entró. En el comedor vio sentada en el chinchorro, a una tortuga de anteojos que cosía.

—¡Abuela! —grito la niña desesperada—. ¿Ya no me conoces, abuela?

La tortuga callada, callada…

—¡Mira Emilia, qué desgracia! —gritó Naricita en lágrimas—. ¡La abuela es ese animal con caparazón que está en el chinchorro! Anastasia es esa horrenda gallina negra que más parece un buitre…

Emilio miró, miró y también rompió en llanto, abrazándose con la niña.

—La única esperanza que nos queda es Tom Mix —dijo Naricita—. Pero este caso es tan extraño que dudo que ni siquiera él nos pueda salvar…

Pasaron dos días. Naricita, inconsolable, no podía conformarse con la idea de que su querida abuela estuviera tortugueando en el chinchorro, ni que su Tía Anastasia de vez en cuando pusiera un huevo en la cocina.

—Tranquilízate, Naricita. Tom Mix es muy hábil. De repente reaparece y arregla todo, como en el cine —decía la muñeca para consolarla.

—¡Pero se está tardando tanto, Emilia!…

—Sólo dos días. Tú sabes que la cuenta para todo es de tres…

Finalmente llegó el tercer día. Las dos amiguitas, recostadas en la ventana desde temprano, atisbaban ansiosas los horizontes. ¡Ni un grano de polvo se levantaba! Naricita suspiró.

—¡No, Emilia! Todo está perdido… Si la vieja tiene el poder de convertir en animales a las personas, también se puede convertirse ella misma en piedra, árbol, tronco seco, y ¿Tom Mix cómo puede saberlo?

—¡Paciencia, Naricita! Vas a ver que, de repente, él aparece por ahí con la vieja en la punta del cuchillo…

No bien fueron dichas estas palabras cuando un perrito entró ladrando al corral.

—¡Debe ser él! —gritó Emilia corriendo hacia la puerta.

Y sí era él. Era Tom Mix, que regresaba con dos revólveres apuntándole a la vieja, que venía adelante con los brazos levantados.

—¡Y ahora! —le gritó el *cauboi* al oído de la bruja—. Vas a deshacer lo que hiciste mal, si no me como tus hígados, en este mismo momento…

Horrorizada con la fealdad de la vieja, Naricita cerró los ojos. Después hizo acopio de valor y los fue abriendo despacito. Y ¿saben a quién vio? Vio a la tía Anastasia mirándola y diciéndole:

—¡Despiértate, niña! Parece que estás con pesadillas…

Naricita se sentó en la cama, todavía atontada, restregándose los ojos.

—¿Y la abuela? —preguntó.

—Allá adentro, cosiendo.

—¿Y Pedrito?

—Haciendo una trampa en el patio.

—Y… y, ¿Tom Mix?

—Déjate de tonterías y ven a tomarte tu café que ya se está enfriando —remató la Tía Anastasia.

L I B R O A L V I E N T O

1 5 A Ñ O S

COLECCIÓN UNIVERSAL
Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

COLECCIÓN CAPITAL
Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

COLECCIÓN INICIAL
Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

COLECCIÓN LATERAL
Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.



T Í T U L O S R E C I E N T E S D E L P R O G R A M A

79 MEMORIAS PALENQUERAS Y RAIZALES (2 ediciones)
Fragmentos traducidos de la lengua palenquera y el creole

80 RUFINO JOSÉ CUERVO
Una biografía léxica

81 ALGUNOS ESPECTROS ORIENTALES
Lafcadio Hearn

82 LOS OFICIOS DEL PARQUE
Crónicas
Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez, Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña, Nadia Ríos, Verónica Ochoa, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga

83 CALIDEZ AISLADA
Camilo Aguirre
Premio Beca Creación Novela Gráfica 2011 (2 ediciones)

84 FICÇÕES. FICCIONES DESDE BRASIL
Joaquim Maria Machado de Assis, Afonso Henriques de Lima Barreto, Graciliano Ramos, Clarice Lispector, Rubem Fonseca, Dalton Trevisan, Nélida Piñón, Marina Colasanti, Tabajara Ruas, Adriana Lunardi

85 LAZARILLO DE TORMES
Anónimo

86 ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES CON ALPACAS ELÉCTRICAS?
Antología de ciencia ficción contemporánea latinoamericana
Jorge Aristizábal Gáfaro, Jorge Enrique Lage, Bernardo Fernández BEF, José Urriola, Pedro Mairal, Carlos Yushimito

87 LAS AVENTURAS DE PINOCHO
Historia de una marioneta
Carlo Collodi
Traducción de Fredy Ordóñez

88 RECETARIO SANTAFEREÑO
Selección y prólogo de Antonio García Ángel

89 CARTAS DE TRES OCÉANOS 1499-1575
Edición y traducción de Isabel Soler e Ignacio Vásquez

90 QUILLAS, MÁSTILES Y VELAS
Textos portugueses sobre el mar

91 ONCE POETAS BRASILEROS
Selección y prólogo de Sergio Cohn Traducción de John Galán Casanova

92 RECUERDOS DE SANTAFÉ
Soledad Acosta de Samper

93 SEMBLANZAS POCO EJEMPLARES

José María Cordovez Moure

94 FÁBULAS DE SAMANIEGO
Félix María Samaniego

95 COCOROBÉ: CANTOS Y ARRULLOS DEL PACÍFICO COLOMBIANO
Selección y prólogo: Ana María Arango

96 CRONISTAS DE INDIAS EN LA NUEVA GRANADA (1536-1731)
Gonzalo Jiménez de Quesada, Pedro Cieza de León, Fray Pedro Simón, Alexandre Olivier Exquemelin, Fray Alonso de Zamora, Joseph Gumilla

97 BOGOTÁ CONTADA
Carlos Yushimito, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández BEF, Adriana Lunardi, Sebastià Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero

98 POESÍA SATÍRICA Y BURLESCA
Francisco de Quevedo

99 DIEZ CUENTOS PERUANOS
Enrique Prochazka, Fernando Ampuero, Óscar Colchado, Santiago Roncagliolo, Giovanna Pollarolo, Iván Thays, Karina Pacheco, Diego Trelles Paz, Gustavo Rodríguez, Raúl Tola

100 TRES CUENTOS Y UNA PROCLAMA
Gabriel García Márquez

101 CRÓNICAS DE BOGOTÁ
Pedro María Ibáñez

102 DE MIS LIBROS
Álvaro Mutis

103 CARMILLA
Sheridan Le Fanu
Traducción de Joe Broderick

104 CALIGRAMAS
Guillaume Apollinaire
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

105 FÁBULAS DE LA FONTAINE
Jean de La Fontaine

106 BREVIARIO DE LA PAZ

107 TRES CUENTOS DE MACONDO Y UN DISCURSO
Gabriel García Márquez

108 CARTA SOBRE LOS CIEGOS PARA USO DE LOS QUE VEN
Denis Diderot
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

109 BOGOTÁ CONTADA 2.0

Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra

110 50 POEMAS DE AMOR COLOMBIANOS

111 EL MATADERO
Esteban Echeverría

112 BICICLETARIO

113 EL CASTILLO DE OTRANTO
Horacio Walpole

114 LA GRUTA SIMBÓLICA

115 FÁBULAS DE IRIARTE
Tomás de Iriarte

116 ONCE POETAS HOLANDESES
Selección y prólogo de Thomas Möhlmann.
Traducción de Diego J. Puls, Fernando García de la Banda y Taller Brockway

117 SIETE RETRATOS
Ximénez

118 BOGOTÁ CONTADA 3
Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres

119 GUADALUPE AÑOS SIN CUENTA
Creación Colectiva Teatro La Candelaria

120 «PRELUDIO» SEGUIDO DE «LA CASA DE MUÑECAS»
Katherine Mansfield
Traducción de Erna von der Walde

121 SYLVIE, RECUERDOS DEL VALOIS
Gérard de Nerval
Traducción de Mateo Cardona Vallejo

122 ONCE POETAS FRANCESES
Selección y prólogo de Anne Louyot
Traducción de Andrés Holguín

123 «PIEL DE ASNO» Y OTROS CUENTOS
Charles Perrault
Traducción de Mateo Cardona Ilustrados por Eva Giraldo

124 BODAS DE SANGRE
Federico García Lorca

125 MARAVILLAS Y HORRORES DE LA CONQUISTA
Comentarios y notas de Jorge O. Melo

126 BOGOTÁ CONTADA 4
Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria

127 LA HISTORIA DEL BUEN VIEJO Y LA BELLA SEÑORITA
Italo Svevo
Traducción de Lizeth Burbano

128 LA MARQUESA DE O.
Heinrich von Kleist
Traducción de Maritza García Arias

129 JUAN SÁBALO
Leopoldo Berdella de la Espriella
Ilustrado por Eva Giraldo

130 ARTE DE DISTINGUIR A LOS CURSIS
Santiago de Liniers & Francisco Silvela

131 VERSIONES DEL BOGOTAZO
Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero -Klim-, Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia

132 ONCE POETAS ARGENTINOS
Selección y prólogo de Susana Szwarc

133 BOGOTÁ CONTADA 5
Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo

134 LA DICHA DE LA PALABRA DICHA
Nicolás Buenaventura
Ilustrado por Geison Castañeda

135 EL HORLA
Guy de Maupassant
Traducción de Luisa Fernanda Espina

136 HIP, HIPOPÓTAMO VAGABUNDO
Rubén Vélez
Ilustrado por Santiago Guevara

137 SHAKESPEARE: UNA INDAGACIÓN SOBRE EL PODER
Estanislao Zuleta

138 VERSIONES DE LA INDEPENDENCIA

139 CUENTOS MÍTICOS DEL SOL, LA AURORA Y LA NOCHE
Teófilo Braga

140 FÁBULAS DE TAMALAMEQUE
Manuel Zapata Olivella
Ilustradas por Rafael Yockteng

141 CANCIONERO DE ROCK AL PARQUE

142 BOGOTÁ CONTADA 6
Nicolás Buenaventura, Mercedes Estramil, Brenda Lozano, Roger Mello, Rodrigo Fuentes, Jaime Manrique Ardila, Juan Carlos Méndez Guédez



COMPARTE LIBROS

que después de ser leídos, deben quedar libres para llegar a otros lectores, y te deja entrar gratis a una biblioteca digital con la mejor literatura.

* * *

Escanea el código, ingresa a la biblioteca y deja volar tu imaginación.





«*Naricita impertinente*» y «*La finca del pájaro carpintero amarillo*» de Monteiro Lobato fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su biblioteca Libro al Viento, bajo el número ciento cuarenta y tres, y se imprimió en el mes de octubre del año 2019 en Bogotá.



Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

«—¡No señora! —respondió la abeja—. Nosotros no tenemos gobierno, porque no necesitamos gobierno. Cada cual nace con el gobierno dentro de sí mismo, y sabe perfectamente lo que debe y lo que no debe hacer. En ese punto somos perfectas.

Naricita quedó sorprendida con esas ideas, y vio que era así tal cual. «¡Qué pesar que no sea igual para la humanidad!».

Monteiro Lobato

Para pequeños lectores

LIBRO AL VIENTO INICIAL

«Lobato también soñaba con otra realidad, un cambio que los adultos en el poder no querían realizar. [...] Para él, la República ideal sería la de los niños, ellos eran quienes podrían modernizar la sociedad».

Amália Safatle





Alcaldía de Bogotá